



LA PAZ ES LO QUE CUENTA

*La paz
es lo que cuenta*



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte



Alcalde de Caracas

JORGE RODRÍGUEZ

Presidente de Fundarte

FREDDY ÑÁÑEZ

© Fundación para la Cultura y las Artes, FUNDARTE 2013

Imagen de portada

Título: --

Autor: --

Técnica: --

Año: --

Dimensiones: --

La paz es lo que cuenta

(Varios autores)

Al ciudadano de: HÉCTOR A. GONZÁLEZ V.

Diseño y concepto gráfico general: DAVID J. ARNEAUD G.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: N°

ISBN:

FUNDARTE. Av. Lecuna. Edif. Tajamar. PH
Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Telfax: (58-212) 5778343 - 5710320

Gerencia de Publicaciones y Ediciones

*La paz
es lo que cuenta*

-
- 1. Al cuidado del demonio**
Jorge Luis Torrealba Lara
 - 2. Avalancha**
Iraima Arrechadera
Grillo
 - 3. El final del arcoíris**
Luis Felipe Ortiz Reyes
 - 4. El Guardián de los Niños**
Alejandro Toro
 - 5. El Parir de la Esperanza**
Daniel Acacio
Quintero Rodríguez
 - 6. El puente**
Jesús Rafael
Rodríguez Gómez
 - 7. Equilibrio (en el Día del Padre)**
Gonzalo Alonso
Alarcón Salazar
 - 8. Fin de mundo en nuestra calle en una tarde de sol**
Liliane Blaser Aza
 - 9. Juan Pistolas era un sueño**
José Pérez
 - 10. La historia del oso, Ozono**
Liliam J. Amiel D.
 - 11. La lección de los carritos**
Yesenia Alejandra
Álvarez Perdomo
 - 12. La paz se cocina**
Patricia María Martínez Lugo
 - 13. La última bala**
Roberto Molinares Sánchez
 - 14. Maestra, ¿por qué tengo el pelo malo?**
Bruno Mateo
 - 15. Mi papá es mejor**
Anthony Castillo
 - 16. Muchacho pa' consentido**
Lorena Lisseth
Parada Medina
 - 17. Mural**
David Arturo Gómez
 - 18. Pares y nones**
Aracelis Reyes Herrera
 - 19. Un sueño, una patria**
Miguel Ángel Mellado
 - 20. Una última palabra**
Alexis Gómez Arispe
-

Al cuidado del demonio

NOS PIDIERON ATRAPÁ AL DEMONIO, así que tenía-
mo doj opción: perseguirlo alrededor del mun-
do o ih derechito pa su casa, pa'l infierno. Yo
apenas contaba con veintitrés años. Baquiano de
los llanos guariqueños que se me hacían esquivos
en esa perseguidera. Sólo ahora me doy de cuen-
ta que habíamos tomao la segunda opción. Noj
habíamos ido pa'l infierno, compa. Y lo que me
lo confirmó no fue el calor abrasador del llano
en verano, sino al personaje justo y noble a quien
tuve la dicha de conocel.

Esa travesía puede comenzar en cualquier
punto de mi vida, pero pa no extenderme en la
quejadera de una vida de desatinos, tomaré como
inicio el final de la batalla de La Puerta, por allá,
po'el año 14.

Esa batalla sí que fue una metía e pata, y lo
digo con el perdón de mi difunto general Campo
Elías. Pero de milagrito, compa, me salvé... de
milagrito. La cosa se puso fea, y la noche estaba
cayendo. El demonio venía a caballo, se escucha-
ba el ir y venir del galopar de los hombres de
Boves. La gente que estaba peleando conmigo
ya estaban muertos toíticos y naiden más sabía
de mí. Me imaginé que mi general Campo Elías
se iba a reagrupar en otro paraje, en otro lao, en-

tonces dije a corré ligerito pa que no me agarraran, pa peleá otro día. Me fui entre esos árboles buscando sabana, machete en mano. Pero en la escapada no advertí el farallón que tapaba la oscurana. Rodé, Dios sabrá cuántos metros. Quise levantarme pero escuché un ruido que me dejó de piedra. Alguien me seguía.

Seguro que si me quedaba quieto, no me veían. Pero pude notar que se acercaba más pa casa mío. No tuve tiempo de hace na, ya el hombre me tenía apuntao con un mosquetón.

El hombre me dice con desprecio, quitando el arma:

—¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿De quién te estás escapando?

—Eso no es su problema. Además aquí todo el mundo escapa de lo que sea. ¿Y ese acento de musiu suyo? Usted no es de por estos lares. —Respondí.

—No, no soy de «por estos lares». Soy un médico español que no debió venir nunca a este precioso paraíso lleno de demonios y muerte. —Dijo perdiendo la vista entre lo oscuro de aquel monte.

En ese momento quise pelá por mi machete pero un dolor indescriptible me dejó inmóvil. Tieso, compa, como de madera me quedé.

—No te molestes en tratar de matarme, que la herida que te habéis hecho en un costado se ve muy seria. —Agregó el español, volviendo a despreciá mi presencia.

Me resigné, ya sabía que no había escape posible. El blanco me iba a matar:

—¿Qué está esperando? Máteme de una vez.

—No, buen hombre, ¿para qué un médico quiere cruzar todo el puto Atlántico, tomar un mosquetón y hacerle un disparo a un llanero herido? Vine a curar a la gente, no a terminar en una guerra.

Comprendí que si tenía chance de irme no podía, a menos que él me ayudara.

—Mire, médico... usted está perdido por acá. Y yo sé salir de aquí... me cura y le muestro el camino. ¿Estamos?

—Jajajaja... ¡Qué negro tan listo, eh! ¿Y qué tal si te curo y luego me matas? Ni sabemos para qué bando va cada quien.

Molesto, y a sabiendas de que desangrarme era cosa de un momento, le dije:

—Usted es español y ustedes los españoles no se mezclan con la causa de la libertad. Yo estoy con Campo Elías.

—Jajaja, negro estúpido, Campo Elías es tan español como Boves.

La verdad, eso no lo sabía... pero lo importante era salir de ahí como fuese. El español se acercó a mí revisando la herida y mencionó:

—Primero que nada, la herida es limpia. Te la habrás hecho con el machete al caer. Y en segundo lugar, un musiu es un francés y yo no soy francés.

Subió a buscar algo, desde el zanjón donde me hallaba podía ver a un caballo. El médico sacó unas cosas de las alforjas que colgaban de la montura. Trajo agua y algo de licor.

Lo vi aproximarse pero yo no tenía fuerzas, confundía ya entrecerrar los ojos con el anochecer que reclamaba cada vez más espacio. Apenas logré escuchar la voz del médico:

—¡Oye! No te duermas. Que no te duermas, joder, que estoy por ayudarte.

Pero el desmayo fue inevitable, no supe más de mí, se me fue el mundo completo.

Lo que recuerdo después fue que me desperté por el ruido de más cascos de caballos. Yo estaba tapao por todo tipo de hojas y mogotes. Encontré una nota en mi mano, una hoja de papel que tuve que conservar hasta encontrar a alguien que me enseñara a leer.

La nota explicaba lo sucedido: «Llanero, no quites tus vendajes hasta dentro de uno o dos días. Mantenla limpia. Usé el aguardiente para quitar cualquier infección de tu herida y me tomé un poco para el frío. Te dejo agua y pan. Los llaneros de Boves se acercan, me iré con ellos si es que no me matan. De lo contrario nos matarán a los dos. Suerte».

Las personas no somos ni buenas ni malas, somos el momento que nos toca vivir, pero en algunas ocasiones nacen hombres capaces de imponerse a cualquier momento y ser lo que realmente son. Yo me topé con uno de esos hombres, y era un hombre bueno. Aunque yo pensaba que era un demonio.

Jorge Luis Torrealba Lara

Avalancha

ELLA SIEMPRE SE LEVANTA
tempranito en la mañana
cuando apenas está claro
y está comenzando el alba

Prepara su desayuno
y va cantando de alegría
mientras despierta a sus hijos
para que inicien su día

Y he ahí el primer enojo
que agarra la susodicha
porque el mayor de sus hijos
le dice una frase mal dicha

Y entonces la señorona
ya no está bailando tanto
apenas siendo las siete
ya se le escapó el canto

Al tomar la camioneta
no tiene el humor muy bien
y le paga al conductor
con un billete de cien

El chofer todo molesto
le da su vuelto a la doña
acumulando su rabia
y diciendo palabras impropias

Casi llegando a su casa
el señor de la buseta
ciego ya de la rabia
tumba una bicicleta

El ciclista adolorido
sin entender el accidente
se levanta de aquel piso
y al chofer le saca un diente

Pero justo por allí
pasa un hombre bien trajeado

y al ver aquel alboroto
se pone malhumorado

Resulta que ese fulano
trabaja en Seguridad
pidiéndole a todo el mundo
el carnet de identidad

Y por el acto agresivo
que acaba de contemplar
este Don tan bien vestido
a todos va a requisar

Y al mismísimo Ministro
que al edificio ha llegado
por error del vigilante
el traje le han jurungado

El Ministro no soporta
la imprudencia de aquel chancho
y agarrándole la percha
le mete tremendo gancho

Sube al fin a su Despacho
y el Presidente ha llamado
su opinión le solicita
sobre un altercado

Resulta que al parecer
en un país muy lejano
ocurrió un malentendido
entre un musíú y un paisano

No se sabe muy bien
qué ocurrió ni qué quieren
pero hablar con el Presidente
los extranjeros prefieren

El Ministro que se ve
su puño aún sangrando
le aconsejó al Presidente
que envíe inmediato un comando

Y así es como ocurrió
que dos países fraternos

ahora se encuentran en guerra
sin saber por qué cuernos

El origen no sabemos
de este fin tan horroroso
si fue el vuelto de la Doña
o la caída del mozo

Lo cierto de esta cuestión
es que todos aportaron
y en vez de parar en seco
la furia la continuaron

No discutamos entonces
quien de los dos fue primero
que al final eso no importa
si fue la gallina o el huevo

Fácil le resulta al vecino
la paja ver en tu ojo
pero si ves una en el suyo
agarra tremendo enojo

Tampoco debemos tirar
nunca la primera piedra
porque ni tú ni yo estamos libres
de ser María Magdalena

Y aunque suene fastidiosa
lo repito una vez más
que es tarea de todas y todos
trabajar para la PAZ

Iraima Arrechedera Grillo

El final del arcoíris

—LUIS, ¿RECUERDAS EL DÍA aquel de la fuerte lluvia en Río Grande, cuando brotaron de la tierra los peces? —Me preguntó Leonor.

—Claro, recuerdo bien que una mañana estábamos en el jardín y de pronto se soltó un aguacero que inundó rápidamente la grama.

El indio levantó del suelo un pez que desesperadamente se movía. Medía como unos ocho centímetros y era más grueso en la cabeza que en el resto de su cuerpo, parecía una pequeña carpa. Intrigado pregunté al indio:

—¿De dónde salió eso?

—Don Luis, mire el arcoíris, el final está acá en el jardín, el arcoíris los trae de regreso a la vida.

—No creas eso, indio, son peces que se entierran en verano y se reactivan en invierno, al igual que muchos sapos y otros animales.

Al indio no le gustó mi explicación, pero la suya empezó a hacerme efecto. Me quedé pensando en la impresión que le causé al tratar, sin proponérmelo, de destruirle su creencia. Un tiempo después cuando regresé nuevamente a la finca hablé con el indio:

—Indio, tenías razón, consulté con mucha gente y me dijeron lo mismo que tú me dijiste: «El arcoíris trajo el pez».

—¡Se lo dije, don Luis, se lo dije!

Luis Felipe Ortiz Reyes

El Guardián de los Niños

ÉL NUNCA DUERME. Está todo el tiempo despierto. Es mi vigilante preferido, cómplice de mis aventuras. No hay hazaña suya que no sea fuente de mi inspiración y travesuras. Para todo tiene una respuesta; sabe mucho, es un genio. Eso pienso yo, porque para mi edad es muy importante que me escuchen y me presten atención.

Él sustituye muy bien a mi mamá. ¿Para qué voy a querer una, si lo tengo a él?, en la cocina prepara muchas comidas deliciosas, aunque un poco peligrosas para mi estatura. Debo confesarlo... los vecinos así lo confirman... un día unas luces rojas y azules deslumbraron mi barrio, y es que esa vez una capa gris cubrió la cocina... yo llamé a mi héroe para que me rescatara, y él no me ayudó... quedé totalmente desmayado, pero por suerte sólo fue un susto. Prometí no volver a intentarlo...

Mi rutina es fácil; en la mañana voy al colegio y ya por la tarde, luego de la escuela, dejo a un lado las tareas y comienzo a jugar con él. ¡Es increíble! Algunas veces tengo súper-poderes. Con mi capa trato de volar del escaparate hacia el cielo, pero voy a parar al copete de la cama y un gran chichón le da la bienvenida esa noche a mi mamá... ¡otro regaño más!

Hay cosas que dice él que no entiendo, algunas veces tiene como otro idioma. Habla mucho de personas que no conozco.

Yo le digo «cállate, cállate».

Me tapo los oídos y agarro mis almohadas y me cubro hasta que pase; y cuando se calla todo vuelve a la normalidad. Yo he tratado de hablar con él, pero no logro convencerlo, no para de hablar.

Entonces, me duermo y espero que llegue el amanecer. Cuando no puedo dormir... ahí sí me gusta que me hable, pero bajito, para que mi mamá no se entere de que él está conmigo y de que estamos desvelados. Pero ¿cómo no escucharlo de noche, si cuenta unas historias sorprendentes que me entretienen mucho?, así luego tenga que pasar toda la mañana como un avestruz: con la cabeza enterrada en el pupitre.

Mi maestra siempre me llama la atención, la semana pasada realizaron la reunión de padres, madres y representantes, fue sólo mi mamá. Yo insistí en llevarlo a él, pero un no rotundo salió de su boca. En el lugar de la reunión, yo escuchaba entre la puerta que decían que ella trabaja mucho y todo el día, y que no tiene a nadie más que lo supervise cuando ella no está.

Muy triste se encontraba mi mamá cuando al salir le prometí que dejaría de creerme súper-

héroe, de inventar ser cocinero, de desvelarme...
y que sólo prendería el televisor cuando ella
estuviera.

Alejandro Toro

El Parir de la Esperanza

TRANSCURRÍA EL AÑO 1968 en una convulsionada Venezuela que se debatía día a día en una guerra no declarada entre la insurgencia revolucionaria y el gobierno adeco de Leoni, las supuestas promesas de libertad tras la caída del general Pérez Jiménez eran un sueño esfumado y las arremetidas contra la población civil por parte de la temida Digepol estaban desatadas.

La siempre apacible ciudad de Mérida se había despojado de su velo relajado y tímido convirtiéndose en un hervidero de rebeldía contra el Estado opresor que no aceptaba voces disidentes. En las facultades de la Universidad de los Andes se agolpaban los jóvenes a escuchar las tertulias sobre socialismo y la gesta estudiantil del Mayo francés. Entre discursos, dialéctica y retórica dos jóvenes llamados Andrea y Víctor encontraron sus miradas en el conglomerado universitario que disertaba sobre la lucha de clases.

Víctor, quien era un dirigente estudiantil de verbo punzante con el que se dirigía con facilidad a cientos sin titubear, no encontraba palabras para entablar una charla con esta bohemia muchacha de mirada atrevida. Tras llenarse de valor, el muchacho le exclama: «Hola mucho gusto, me

llamo Ingeniería y estudio Víctor», ante lo cual Andrea suelta una pícaro sonrisa, y replica: «Je je je que nombre tan particular, supongo que te llamas Víctor y estudias Ingeniería». La tensión inicial cambia por la actitud relajada de la musa y Víctor, todavía sonrojado, pasa de su léxico confuso y tartamudez a socializar y bromear.

Las semanas transcurrieron y la pasión juvenil se desbocó entre la novel pareja que dio los primeros pasos del amor en medio de la sombría coyuntura nacional, que mezclaba las operaciones antiguerrilleras direccionadas por los asesores norteamericanos y el carnaval que representaba la campaña electoral bipartidista que enfrentaba a Rafael Caldera contra Gonzalo Barrios. El panorama en la casa de estudios andina se volvía insoportable, los esbirros infiltrados entre el movimiento estudiantil delataban la identidad de cualquier estudiante que estuviera incurso en colectivos de izquierda, convirtiéndose en una celada segura el salir de los recintos del alma máter.

En una madrugada de marzo de 1969 saliendo de una reunión en la vieja Facultad de Ingeniería donde planificaban actividades en favor de la Renovación Universitaria, Víctor fue interceptado en las oscuras calles de la avenida 4. Un grupo de la sanguinaria Digepol llevaba días cazándolo hasta que logró agarrarlo, en medio

del forcejeo le intentaron colocar una capucha sobre su rostro para que no gritara y lo metieron en un Ford Fairlane negro, pero la resistencia del muchacho contra los tres hombres se volvió más dura y el enfrentamiento se equiparó cuando ocho estudiantes, que salían de la misma reunión a la que había acudido Víctor, se percataron de la situación y sin mediar se abalanzaron a defender al camarada. Los verdugos policiales sorprendidos intentaron repeler el ataque con sus armas pero fueron duramente neutralizados, amarrados y desarmados, huyendo los estudiantes velozmente y perdiéndose entre la espesa niebla.

Pocas veces este especializado grupo de matones entrenados por un cubano anticastrista llamado Posada Carriles fallaban en la captura de una víctima, y esa noche el destino había dado una nueva oportunidad al chico. Aún atareado por la situación vivida, Víctor llega a la humilde residencia de su novia, salta por un patio que colindaba con la calle y se escabulle hasta la habitación de Andrea. Ella lo ve golpeado y lo ayuda a recostarse sobre el pequeño colchón. La muchacha escucha temblorosa lo vivido por su novio y se desata a llorar. Le pide que se vayan un tiempo para su pueblo natal, Aricagua, hasta que se calme la situación, pero Víctor se niega. La abraza y la consuela, susurrándole al oído: «eres la mujer que amo y con quien quiero hacer mi

familia y tener mis hijos, pero también amo a mi Patria y no me pidas que deje de luchar por ella». Perdido en los profundos ojos marrones de su amada, lo que por poco desenlaza en tragedia se va olvidando y el sencillo lecho de amor cobija a los bisoños amantes.

Ya el acostumbrado viento helado del invierno merideño se sentía entrado noviembre y producto de la pasión compartida esa noche en que Víctor escapó de las voraces fauces de sus cerberos, Andrea llevaba en su vientre el fruto del amor. Un niño o niña estaba pronto a nacer y la pareja soñaba con un futuro promisorio para el bebé. En su nuevo rol, Víctor asumió todas las responsabilidades y abandonó parcialmente los estudios para trabajar de mesonero, albañil, ayudante, jardinero, cualquier cosa que le permitiera ahorrar para brindarle las mejores condiciones a Andrea y al primogénito que en unos días estaría con ellos. Pero Víctor llevaba en la sangre el calor de la revolución y a pesar de sus ocupaciones, siempre se mantuvo activo con sus camaradas y permanentemente participaba en reuniones políticas e ideológicas, con cautela y en clandestinidad ya que sabía que aún lo buscaban.

Todo noviembre había sido un candelero en Mérida, las protestas en las calles ya no podían ser sofocadas por la Policía regional, y el gobierno de Caldera ordenó la movilización de unidades del

Ejército acantonadas en varias ciudades del occidente para controlar a los insurrectos y restablezcan el orden. La ciudad entera estaba enrarecida, con el ambiente pesado se avizoraba la tragedia. El inquieto Víctor decidió ser solidario con sus camaradas y se incorporó ese 18 de noviembre a la resistencia en la Facultad de Medicina. Un grupo de vigías desde algunos árboles y edificios altos iban transmitiendo los hechos a quienes se atrincheraban en las aulas, el Ejército había comenzado a rodear las instalaciones. Sin mediar palabras un capitán dio la orden de fuego y las balas empiezan a retumbar sobre las paredes; los estudiantes, que apenas resistían con piedras, aguantan con dificultad, los miembros de las fuerzas armadas entran en la universidad e inician la cacería humana, un nutrido grupo logra escapar, pero doce de ellos entre quienes está Víctor resisten con tozudez hasta verse acorralados. De repente se silencian los fusiles y en medio del campo de batalla un hombre blanco de una voz con fuerte acento antillano esboza: «Somos de la Digepol, los tenemos plenamente identificados, salgan y les respetaremos la vida, nadie los va a lastimar». Ninguno de los atrincherados creía en las palabras de este sujeto, pero no había alternativa, uno a uno salieron, siendo esposados y conducidos a un bosque al final del recinto estudiantil. Colocados a la fuerza en fila, el lúgubre personaje, con burla vociferó:

«Están asustaos, y eso que no saben quién soy, me dicen el Comisario Basilio. El Presidente me pidió que les diera un tratamiento especial a los bochincheros de Mérida». Enardecido, Víctor le escupió la cara y con carácter expresó: «Por tu hablar se nota que eres uno de esos gusanos cobardes que salieron corriendo con el rabo entre las piernas cuando Fidel, Camilo y el Che tomaron el poder». Sin inmutarse, el Comisario Basilio sacó un arma niquelada y de un cachazo en la sien dejó sin conocimiento al chico. Finalizada la noche, no se supo nunca más de aquellos estudiantes, lo último que se escuchó en ese bosque fueron gritos tormentosos durante horas y los fulminantes disparos de un arma. La versión oficial «se restableció el orden sin bajas en las fuerzas del Estado, todo en normalidad». Esa era la normalidad de esos días: los desaparecidos, los torturados, los encarcelados, los vejados, los humillados, los execrados, los empobrecidos, esa era la normalidad.

Esa misma madrugada en que Víctor daba sus últimos suspiros de vida antes de ser «desaparecido» por ser un revolucionario que luchaba por una Patria digna, en una sala de partos en el antiguo Hospital Los Andes era atendida de emergencia su novia Andrea, que daba los pujos finales para ver nacer a una bella niña. La enfermera colocó a la bebé en los brazos de su madre, y los bellos ojos marrones alumbraban la

sala, diciéndole con voz tierna: «Eres la niña más linda de este mundo, cuando tu padre te vea se va a sentir orgulloso de lo hermosa que eres. Y te vamos a llamar Esperanza». Cerca de las dos de la tarde le dan de alta a Andrea, quien antes de salir de la residencia donde vivía pidió que le avisaran a Víctor que se le había adelantado el parto. Por eso le extrañó no verlo, la incauta mujer no sabía el infierno que había sido la ciudad la noche anterior y conforme recorría las calles se veían vestigios de la lucha suscitada. Andrea, con Esperanza en sus brazos, recorrió cada hospital, cárcel, cuartel, y en ningún lugar le dieron razón de Víctor, los días lentamente se transmutaron en meses y años, y esta triste mujer nunca tuvo respuesta, aprendiendo con amargura y dolor qué era tener a un ser querido «desaparecido».

La niña que no conoció a su padre fue haciéndose adolescente, y con el esfuerzo de su madre y el ejemplo perenne de su papá se irguió como mujer con un profundo espíritu crítico, aprendiendo a ver la vida con sensibilidad, a amar, luchar sin ningún interés material y sobre todo, a construir una patria libre y no simplemente un país dependiente. Casi cuatro décadas después, caminando Andrea y Esperanza por las mismas calles que aún les recordaban aquellos infaustos días, son abordadas por unos jóvenes ataviados con camisetas azules y una mano blanca plasma-

da en el pecho, quienes le entregan un volante que decía: «Libertad a los Presos Políticos. No a la dictadura Chavista». Ambas mujeres se miran asombradas y le replican a los muchachos: «Vengan, sentémonos bajo este árbol, les vamos a narrar una realidad. A la edad de ustedes, mi padre luchaba con sus ideas por construir algo que en aquellos tiempos ellos llamaban revolución para buscar el socialismo. Sólo por eso lo desaparecieron y como él hubo miles. La vida sacrificada por cientos en el pasado, hoy se erige en un pedestal, en donde muy arriba están los que cimentaron el socialismo que hoy construimos en colectivo en la República Bolivariana de Venezuela, y los victimarios del pasado que torturaron y desaparecieron a nuestros padres, tíos, primos, hermanos, se encontrarán con una muralla infranqueable que es la dignidad de quienes sabemos que décadas atrás hubo una verdadera dictadura que sufrimos y hoy hay una democracia participativa y protagónica que defenderemos». Ante estas demoledoras palabras y las lágrimas en los ojos de Andrea y Esperanza los muchachos quedaron sin habla, se retiraron sus pulcras camisetas azules dejándolas en el piso, y les pidieron perdón por no saber que estaban diciendo.

Daniel Acacio Quintero Rodríguez

El puente

TENÍA SU MIRADA FIJA en la primera frase de la novela. La leyó varias veces, no porque fuese difícil entenderla, sino porque no se podía concentrar en la lectura; estaba aún algo turbada por lo que había visto: una mujer atacada por un hombre, en pleno centro de la ciudad. Afortunadamente, eso ocurrió cerca de ella y pudo reaccionar para evitar que el hombre pudiera hacerle más daño a la mujer indefensa. Ahora que estaba en su casa e intentaba iniciar la lectura de una novela que trataba de viajes por tierra en trenes, su tema preferido, volvía sobre los hechos y se preguntaba por las razones de esa violencia que, según los últimos datos e indicadores, se había ido convirtiendo en un grave problema en el país. Mientras leía mecánicamente, se preguntaba si para disminuir efectivamente el acaecimiento de esos hechos era suficiente establecer en las leyes penas más severas para los agresores, o la creación de instituciones especializadas para atender a las víctimas, o el aumento de los recursos para investigar las causas de ello.

Decidió dejar a un lado la novela y salió a caminar a un parque cercano. Había decidido no permanecer más al margen de lo que había vivido en la mañana y se sentía obligada a actuar.

Pensativa, sus pasos le condujeron a cruzar un enorme puente sobre el río que atravesaba la ciudad. Al acercarse, imaginó que cualquier decisión a tomar podría semejarse al tránsito por un puente, en el que en un extremo estaba lo que queríamos dejar atrás, y en el otro lo que aspirábamos lograr. Le reforzó esa imagen el hecho de que el puente no era horizontal, sino que describía un amplio arco convexo al cielo, lo que le obligaba a hacer un esfuerzo de subir para luego descender. Ese esfuerzo, se dijo, es similar a la dificultad inicial que sentimos al tener que tomar una decisión.

A diferencia de otros momentos, en los que la sola disposición de salir al parque le producía una sensación de placer, estimulada por la expectativa del colorido y el aroma de las flores, y por la luz y el aire fresco que se filtraban por los frondosos árboles, esta vez en su cabeza se revolvían declaraciones de funcionarios que en la televisión hablaban de números, porcentajes, conceptos, valores, que daban sustento a nuevos planes y programas para abordar el problema de la violencia contra la mujer. Animada por la idea de haber asociado la toma de decisiones con la travesía de un puente, recorrió especialmente aquellas caminerías en las que hubiera alguno. Con ello, tenía la sensación de que en cada uno de ellos iba desmadejando sus angustias con

relación a lo que había visto temprano en la mañana, e iba aclarando sus dudas acerca de la manera de contribuir a resolver esas situaciones. No era especialista en el área de gerencia ni de administración, pero el detenerse en medio de un puente a observar desde allí el parque, avanzar a distintos ritmos en ellos, volver sobre sus pasos, y el hecho de que algunos los cruzara varias veces, le hacían simular casi a la perfección el proceso de toma de decisiones, tan importante en la vida personal y en la gestión de organizaciones.

Después de una hora de caminata regresó a su apartamento, y luego de refrescarse y descansar un rato, tomó de su biblioteca una novela que trataba de sensibilidades femeninas. La había leído hacía algún tiempo y sospechaba que una nueva lectura le ayudaría a reafirmar sus reflexiones del parque. No hizo falta leerla de nuevo, pues solía hacer marcas y anotaciones que tal vez serían útiles no solo a ella, sino a otra persona que tuviese un gusto similar por esa ancha vía, acogedora de toda la vida, que es la literatura. Buscó las huellas que había dejado hacía unos años en esa novela; destacaban aquellas referidas a cómo una mujer ve la vida; de cómo reacciona ante el dolor, la belleza, la injusticia; de su percepción de sutilezas ajenas a las sensibilidades del hombre; de cuán difícil les resulta a los hombres entender la psiquis femenina... Y ahora se preguntaba si

aquello que la movió, y que había ressaltado en la novela, había sido considerado en esos planes y programas para abatir la iniquidad de la violencia. Recordó de nuevo los conceptos y valores que había escuchado de los funcionarios: tolerancia, solidaridad, no discriminación, convivencia, respeto..., todos referidos a la conducta de uno hacia el otro. Pensó entonces que esos valores adquirirían una nueva dimensión si hubiera una mayor comprensión de la feminidad de la mujer. Y pensó más aún: era necesaria esa perspectiva para hacer viable la comprensión de aquellos valores.

Estaba consciente de las barreras y dificultades que habían tenido que superar las mujeres para conquistar sus derechos, de sus luchas y, las más de las veces, de su sacrificio para acceder a otros espacios en la sociedad. Pensó que a eso que se le ha llamado histórica y socialmente feminismo se le debe agregar la comprensión de lo femenino. Su preocupación por la violencia contra la mujer le hizo pensar que tal vez sería útil enviar esta idea a los encargados del diseño de los nuevos planes y programas. Sin embargo, algo la detuvo: temía que si lo hacía, nadie la escucharía... era otro puente que debía cruzar.

Jesús Rafael Rodríguez Gómez

Equilibrio (en el Día del Padre)

APRETABA SUS OJOS con fuerza y se ocultaba un poco cada vez que salpicaba el plomo de las piedras. Zumbaban las golondrinas rozando su oreja izquierda y se agazapaba nuevamente para cubrir su cabeza con la otra mano.

—Escúchame bien, Samih, el tamaño de la piedra no es lo más importante... la forma —enfaticaba su padre con voz serena—, la forma es lo más importante. Recuerda que es cuestión de agilidad y equilibrio... ¡Es como la danza!, ¿recuerdas cuando danzamos, Samih, cuando celebramos...? Que damos vueltas y más vueltas —le decía mientras lo tomaba del brazo y daban vueltas y se desgranaban de risas como dos niños—. ¡Así, Samih, eso es! Equilibrio, Samih, e-qui-li-brio... Así, ¡danza con equilibrio! Por eso, óyeme bien, hijo, tu vida es lo más importante, debes vivir, mantenerte vivo porque tú nos harás libres, ¿me entiendes? ¡Equilibrio, Samih, equilibrio! —De pronto, detuvo el baile y lo tomó con firmeza paterna— ¿Ves esta piedra, Samih? —Mientras tomaba una hermosa piedra, cuasi redonda y algo más grande que un huevo, la tanteó y sopesó por unos segundos; la limpió y la puso dentro del retén de cuero. Se alejó del muchacho y con gracia de viejo ritual hizo girar

su honda escupiendo un halcón calizo mientras Samih sonreía y admiraba inmóvil a su padre—. ¡Anda, hijo, que te quedaste con la boca abierta! Anda a jugar... —le decía con una leve bofetada lúdica sobre su rostro impávido y delicado de niño— anda a jugar con tus amiguitos y no rompan los pocos vidrios que quedan por ahí, ¿eh?

Samih jugueteaba con la hermosa roca escogida en su mano, sopesándola y lanzándola brevemente al aire mientras zumbaban el plomo y el aire al tiempo que cubría su cabeza con su mano libre...

Al silenciarse los fusiles sonrió, miró al cielo y sus labios se movieron muy leves; apretando sus dientes salió a tierra abierta con una sonrisa eterna y ancestral, hizo su baile entre las balas, con aquella gracia que alguna vez aprendió de su padre, celebrando su día, bajo el crepúsculo y el rojo sol de la distancia que anunciaba la intifada.

Gonzalo Alonso Alarcón Salazar

Fin de mundo en nuestra calle en una tarde de sol¹

(Gestos que salvan del naufragio)

EL GATO MIRA hacia abajo de la alcantarilla. Fijo, atento en cada una de sus patas.

Atrás está el niño de carro en carro recogiendo monedas que resbalan de manos cautelosas que evitan tocar sus manos.

(¿Ves? ¡Estaba un niño...! No lo había visto antes, yo sólo miraba al gato mirando).

La rata, en el fondo de la alcantarilla, inmóvil de repente por la mirada del gato, mueve sólo el hocico, preguntándose quizás si debe seguir o devolverse. El gato siente la mirada del niño que lo mira con ya tres monedas en su mano.

Los carros pasan y ya el niño no los persigue. Mira al gato y se le acerca tratando de no hacer ruido con sus pasos. El taxista arranca en el semáforo y vuelve a guardar las monedas que había sacado del cenicero.

(Se me ocurre que el niño corre hacia el gato y este escapa espantado mientras el señor que va leyendo el mapa en el carro rojo acelera y se lo lleva

1 Por *Fin de mundo en nuestra cama en una noche de lluvia*, película de Lina Wertmuller.

por delante. Pero no quiero. Hoy no quiero cuentos espantosos. Quiero saber qué pasa con el niño).

Mientras el gato voltea hacia el niño para medir la distancia y la necesidad de correr, la rata se escabulle por los escombros. El niño se busca en los bolsillos un pedazo de pan, porque el gato es más flaco que él y es la única manera de atraparlo.

La señora que sale del abasto lleva un pedazo de queso. El gato olfatea el pan del niño, parsimonioso y flojo. O asustado. El niño mira hacia la señora. El queso son 200 bolívares el kilo y el abastero no vende al detal. El niño se acerca a la señora y le pide un pedazo de queso mirando al gato de reojo. El gato lo mira con atención gatuna.

(Me pregunto si la señora le dará el queso o se irá).

El niño desespera por el gato, que parece ya mirar hacia otro sitio —un pedacito, señora—. Mira al gato que empieza a caminar hacia la reja —señora, para el gato—. El gato pone una pata en la reja, mira al niño; duda, —señora, el gato se escapó, lo tengo que agarrar, me van a regañar— (miente), le enseña suplicante las monedas, le da las monedas, arranca un pedazo de queso, corre hacia el gato, el gato vuela a través de la reja, no puede ser, le tira el queso, el gato lo mira.

La señora limpia el pedazo de queso que le queda y se va. El niño pega la cara de la reja y llama al gato —miso— desesperado. El gato mira el queso.

Se acerca al queso mirando al niño. El niño cierra los ojos para no asustar al gato. La misma parsimonia del gato para oler el queso.

El niño entreabre un ojo y sonríe. El pedazo de queso ya no está. Pero el gato —piensa el niño—, si ya no tiene más nada que hacer se va...

—Si hay un Dios de los gatos, dile que venga, dile que no se vaya—. No hay nada más importante que ese gato negro, con un ojo rayado... (tiene un ojo rayado, debe ser macho) y que duda entre el jardín de adentro y la calle de afuera, y mira las manos del niño. El niño cierra las manos y mira al gato como para decirle, como para engañarlo.

(No había visto al señor de la acera de enfrente pero él lo estaba viendo todo).

El señor de la acera de enfrente corre al abasto y compra un atún. Se acerca despacito abriéndolo con el llavero. Se pone detrás del niño y le toca el hombro. Le pasa la lata. El niño le acerca el atún al gato.

(Al gato le tiemblan los bigotes, no sé si del hambre o del miedo).

El gato ahora sabe que lo quieren agarrar. Pero el atún huele a cielo. El hombre hala al niño por la cintura, suavemente. El gato retrocede un poco por el movimiento. El niño cierra los ojos pero cuando los abre, el gato está comiendo. Todo se suspende

mientras los tres miran hacia un mismo sitio. Un trozo de comida que va desapareciendo, entre lamidos y vacilaciones.

El niño se mojó los dedos con el atún. El gato se acerca y le lame los dedos. El niño le acaricia la nariz con lo que le alcanza de brazo, y luego el cuello, porque el gato se acerca... —Pero se puede ir—

El niño mira al hombre, el hombre corre hacia el abasto y compra leche.

La gente pasa, pasa, y no ve nada.

Ya el niño va por la barriga del gato cuando llega el hombre con la leche. El hombre corta el cartón con el llavero y lo entrega. Ya todo es perfecto.

El hombre se sonríe con el niño, guarda el llavero y se incorpora.

Cuando va por la esquina se voltea a ver las siluetas abrazadas.

Entra en la funeraria y se acerca al féretro. Su mujer duerme detrás del vidrio —Juana, no te imaginas lo que acabo de hacer—.

Liliane Blaser Aza

Juan Pistolas era un sueño

CUANDO MI HERMANO se ponía a hacer milagros en la esquina, la gente del barrio acudía sólo para admirar sus prodigios. Era un tipo de muchas hazañas y su mirada de genio lo expresaba todo. Desde muy pequeño mi mamá decía que había nacido con un don. El frenillo, sin embargo, no lo dejaba hablar correctamente hasta que lo operaron y pudo corregir la dicción. La señora que lo santiguaba contra el mal de ojo el último viernes de cada mes no se explicaba los poderes que mi hermano Juan acumulaba dentro de su ser.

—Va a revolucionar este mundo, señora —le dijo la espiritista un día.

Cuando jugaba con él en el patio no le veía nada extraño. Pero un día pudo mover con la vista una lata de manteca, aunque pasó mucho tiempo sin poderlo repetir. Después de los nueve años aparecieron los síntomas que predijo la hechicera.

—Puedo matar un pollito si tan sólo lo deseo —pero nadie le creyó.

Entonces los muchachos le buscaron un pollito y lo pusieron en la esquina y él le dijo «muérete» y el pollito cayó boqueando y quedó tieso en la acera. La siguiente noche le trajeron un

gato y también estiró las patas. Una paloma y un loro cayeron fulminados dos semanas después. Por eso los muchachos cuando lo miraban pasar para la escuela con su uniforme limpio le decían risueños:

—No me vayas a matar, chamo. Mira para otra parte.

El prodigio de Juan se convirtió en chanza rápidamente y se regó como pólvora. Más por presión del ocio de los zagaletos que por motivación propia sacrificó alacranes, culebras ratoneras, pericos, mariposas y hasta un perro flaco que no paraba de ladrar todo el día y que era muy llorón. Todo lo que la gente asociaba con la muerte y con la pava hubo de pasar por el cuchillo óptico de Juan, la navaja visual, el disparo del iris agudo, las balas certeras de sus ojos mortales. De ahí le sobrevino el mote, el sobrenombre, la contraindentity y el epíteto. Le pusieron Juan Pistolas, la mirada asesina. Aunque mamá se opuso al juego y reprochó y gritó a los granujas, la suerte estaba echada. Aquel poder ocular no estaba oculto sino que era un poder de dominio público, propenso a chantajes y sobornos, a presiones y pruebas dada la edad de Juan, nueve años. Era, en realidad, un peligro inminente si caía en malas manos.

Otros niños de su edad ya eran delincuentes o se prestaban al menos a la complicidad de

sus hermanos y primos que cometían fechorías detestables. Richard, por ejemplo, era hermano de El Linche, un peligroso matón de veinte años que azotaba a las señoras que hacían mercado arrebatándoles sus compras e intimidándolas con su revólver. Richard, quien era tranquilo y decente, buen estudiante y muy callado, le guardaba el arma en su bolso escolar de modo que cuando allanaban la casa nunca aparecía el revólver. El Linche salía en libertad a los pocos días. Ese círculo vicioso entre el hampa y la justicia era una rueda giratoria infinita que no conducía a ninguna solución concreta. Richard y mi hermano Juan apostaron un helado que tendría el poder suficiente para doblar el cañón del revólver de El Linche.

Juan sudó, se puso colorado, pujó y sopló fuerte, sus ojos parecían echar candela, sus orejas se erizaron, sus puños se aferraron con fuerza, las venas a punto de estallar y su pequeño cuerpo se estremeció hasta que finalmente el hierro oscuro del revólver empezó a ceder lentamente y fue doblando con la forma de un anzuelo. Aquella mirada parecía lava de un volcán indómito que apuntaba al hierro y lo hacía crujir y lo convirtió en anzuelo inservible. Juan cayó de rodillas al suelo y Richard, con el arma panda en la mano no lo podía creer. Se habían metido en un grave problema.

Varias soluciones se planteó mamá para apartar a mi hermano Juan de aquel mundo acechante y devorador. Lo utilizarían pronto para abrir cajas fuertes, derribar santamarías, abrir candados anticizallas, robar autos, neutralizar alarmas, asaltar bancos, tiendas, comercios, personas. Un coctel fatal pasado por los ojos del mini Superman familiar, aquel niño que pronto creció, tenía ahora doce años, expuesto más que nunca a un medio social desalentador.

—Lo que tiene en la mirada es una fuerza bruta —dijo mamá a las monjas del internado—. Él no conoce la maldad, no le hace daño a nadie pero lo pueden perjudicar los bandidos.

La facultad de mi hermano Juan era ciertamente de fuerza. No tenía artes de pitoniso. No adivinaba nada, sólo ejecutaba su fuerza óptica contra cualquier materia y todo tipo de material. Una suerte de martillo, de mandarina, de puño ocular. Los muchachos del gimnasio le instaban a que practicara boxeo porque no tendría impedimento alguno para alcanzar el título mundial o que jugara beisbol pues metería jonrones con sólo decirle a la bola que parara en las altas cumbres de las gradas. Hasta se lo imaginaban ya de cuarto bate en los Yankees de Nueva York.

—Señoras y señores, al bate, el más brutal grandeliga de Venezuela, Juan Pistolas —alar-

deaba Richard en la cancha y todos se reían—. A su hermano El Linche lo habían matado hacía un año en una riña entre pandillas. Por suerte, Richard se encaminaba a ser pronto un destacado bachiller en ciencias.

Pero mi hermano Juan no vaticinaba grandezas deportivas en su futuro. Su temperamento había adquirido una temprana madurez, quizás de tanto resistir las tentaciones del medio social, ante el cual opuso su misterioso don. No tenía espíritu delictivo sino de sana convivencia, de armonía y de paz interior. Alguna vez creyeron que podía curar enfermos y le llevaron un niño con tosferina. Realmente no pudo hacer nada y de los pocos ahorros que tenía de su trabajo de ayudante por las tardes en la panadería del barrio le dio a la señora para que llevara su hijo al hospital en un taxi. Otros gestos de solidaridad le ganaron respeto aunque nunca dejó de divertir doblando cabillas, cuadros de bicicletas, manubrios de motos, rines de autos y cosas parecidas de gente mala, como solía decir, que andan por ahí causando daños.

—Juan Pistolas, la mirada asesina, tiene novia— esto oyó decir mi mamá cuando pasó por la esquina una tarde.

La hechicera había vaticinado que tal vez el amor haría cambiar a mi hermano sus facultades

ocultas. «Ya le pasó a Sansón», dijo en una oportunidad la espiritista, quien al menos protegió a Juan del mal de ojo, la envidia y los daños maléficos de gente mal intencionada. Ya adolescente se compró una guitarra, aprendió a tocar baladas y hasta leía partituras. También se le consiguieron poemas propios que le escribía a Yuleannys, su novia. Al cambio total de su cuerpo se sumó el de sus ojos, la nueva dirección de sus hábitos y la fortaleza de carácter para discriminar los asuntos de interés de los del ocio y la guachafita. Los muchachos del barrio lo sintieron como un principio de autoridad y respeto, acentuado además por su decisión de ingresar a la academia militar. Haría carrera militar, aunque aquella mezcla de poeta, músico y miliciano parecía un entuerto.

—Juan Pistolas, ¿tú todavía puedes utilizar la mirada para matar un marrano? —Le preguntaron a mi hermano Juan un día de navidad.

Dijo que lo podía hacer pero se negó a matarlo. Fue reticente además a hacer explotar cohetes y traquitaquis, bombas y polvorines de todo tipo, «porque es peligroso y estoy muy grande para eso», les espetó con firmeza. De este modo, los juegos de infancia, las tamañas travesuras y los aspavientos azarosos quedaron rezagados de las acciones de Juan.

—Y de ahora en adelante me llaman por mi nombre y apellido. Nada de Juan Pistolas. Yo me llamo Juan Pérez y así quiero que me digan. Que yo no he matado a nadie.

La tarde que se marchó rumbo a la academia militar ciertamente la esquina se quedó triste. Los muchachos del barrio lo despidieron con sentimiento. Su novia lo lloraba agarrada de una hermana. Yo le brindé un abrazo y le señalé hacia donde estaba Richard parado, quien al recibir su mirada abrió las manos y le mostró un pollito que parecía de oro.

—Haznos una demostración antes de irte, hermano.

Juan se echó a reír, los miró a todos, tomó el pollito en sus manos y les respondió:

—No sean ociosos. Déjenlo que se convierta en gallo.

Y mi hermano Juan se montó en el autobús verde que lo estaba esperando.

José Pérez

La historia del oso, Ozono

MI NOMBRE ES OSITO Mío. Soy un oso de peluche azul, propiedad del niño Juan Miguel, a quien yo llamo ¡Mi Niño! Me obtuvo como premio en una máquina que tenía un brazo de metal con una mano como pinzas que él, con buen tino y puntería, manipuló con una palanca y botones hasta pescarme, sacándome de esa caja de vidrio donde vivía.

Jugábamos mucho, dormíamos juntos, a veces me llevaba a su escuela... ¡Yo era muy, pero muy feliz...!

Un día, en la escuela, recibió una magnífica clase que trataba sobre el medio ambiente. Le explicaron qué es la capa de ozono y sus agujeros por el deterioro ambiental. Cuando llegamos a casa, me colocó una capa de un viejo disfraz, que estaba rota y ahuecada, ya que también le hablaron de reciclaje, la escogió como la capa que yo usaría, porque desde ese día... dado que yo era un OSO, sería entonces ¡OZONO! Explicó a todos, muy entusiasmado, lo que significaba esa nueva palabra: Ozono... y todos sus nuevos conocimientos respecto a la preservación del medio ambiente. Su papá lo observaba, pero sin prestarle realmente atención a lo que decía Mi Niño. Le preguntó a su esposa «¿No crees que

ya Juan Miguel esta como muy grande para estar jugando con ositos?» y dijo para sí mismo «¡Que va...! Mañana le traeré juguetes nuevos...»

Al día siguiente su papá llegó a casa con un regalo envuelto en un empaque maravilloso. El niño pensó «¡Seguro es el libro que vimos en la librería! ¡Ese! ¡El que tenía bellos dibujos!» Juan Miguel abrió muy entusiasmado su regalo. Se volvió como loco de alegría al ver el contenido: ¡una tremenda pistola, que parecía casi real! ¡Con efectos de sonido impresionantes!

Ese día no durmió conmigo, ni al día siguiente. Siempre andaba con su juguete nuevo y yo más que celoso... ¡bastante triste! Un día la llevó a su escuela para jugar con sus compañeros, pero su maestra le explicó «No estoy muy de acuerdo con los juguetes bélicos». Juan Miguel no entendía el significado de esta nueva palabra, entonces Isabel, su maestra, con esa dulzura que la caracteriza, llevó a todos los niños a la biblioteca y de un diccionario les leyó el significado: «Juguete bélico: todos aquellos juguetes que imitan armas o sirven para jugar a matar». Y agregó: «Estoy segura que tu no quieres jugar a matar, ¿verdad?» «¡Pero si es jugando, maestra!», le decía Juan Miguel, que se quedó mirando su pistola pensando: «¿Cómo voy a querer matar a nadie? Esta pistola es un juguete, los juguetes, son para jugar». Y le repitió: «Pero, ¡estoy es jugando vale...!»

Entonces, Isabel decidió enviar una nota a sus padres, compartiría con ellos su preocupación:

El juguete bélico no contribuye a lograr una educación basada en el respeto, la justicia y la paz, sino a una expresión incontrolada de violencia, lo que estos juguetes fomentan, entra en conflicto con los valores que debemos enseñar. Para lograrlo hemos de prescindir de juguetes bélicos.

El papá de Juan Miguel recibió la nota y comentaba con su esposa «¡Ni que fuera para tanto! Esta maestra exagera, todo varón juega con pistolas. Son tonterías de mujeres». La mamá le respondió «Pues, yo estoy de acuerdo. Hay tanta violencia, mira las películas, pura matazón... ¡y son para niños...! La otra vez estuve donde la vecina, que le compro a su hijo uno de esos videojuegos de guerra... Eso también es puro de matar, con sangrero y todo. ¡Espeluznantes! La maestra tiene razón, así se acostumbran que la violencia, es así como normal, ser capaz de disparar un arma para matar, ¿no crees, cariño?» Le decía, mientras le tocaba la punta de la nariz.

La mamá de Juan Miguel creía en el diálogo. Estuvieron conversando largamente...Pero al papá, nada lo convencía. De hecho, él tenía un arma guardada en casa, «por si a...» decía él. Sin

embargo, la mamá no estaba de acuerdo, pero a ambos les asustaba tanta inseguridad, robos y esas cosas...

Juan Miguel jugaba y jugaba con su pistola. Entró al cuarto de los padres. Se le ocurrió guardarla en la gaveta de una de las mesitas de noche. Allí encontró el arma de su papá. Quedó asombrado... «¡Papá también tiene una! ¡Se compró una para jugar él también! ¡Qué fino! No me había dicho... Seguro está esperando que sea domingo para jugar conmigo». Y pensando así, agarró el arma de su papá y con las dos pistolas, una en cada mano, se fue a su habitación.

Era viernes cuando todo esto que les cuento, estaba sucediendo. En la sala había visitas y todos compartían con alegría. Yo estaba tirado entre los juguetes de Juan, que en toda la semana no había querido jugar más conmigo. ¡Me tenía en el olvido!

Pero para mi gran alegría de pronto fui levantado entre sus brazos, me lanzaba al aire, me sentó en su cama, me quitó mi nueva capa y dijo: «Ya no eres Ozono» me colocó un antifaz y dijo «Ahora eres un villano», y se acomodó él la capa diciendo «¡Soy un superhéroe!»

Luego, colocó una de las armas entre mis manos y la otra la sostenía firme, apuntándome, mientras decía: «¡Nos enfrentaremos... tú y yo!»

Acto seguido, ¡la disparó!

¡El impacto fue espantoso! La bala penetró mi cuerpo abriéndome un boquete enorme, quemándome. A mi pobre niño se le quemó su manita con el impacto de la bala, que salió de esa pistola como un rayo. ¡El disparo sonó con un estruendo como nunca habíamos escuchado! Mamá y papá llegaron corriendo alterados, muy asustados. Encontraron a Mi Niño llorando, recogiendo mis pedazos de algodón esparcidos por toda su cama...

Todo esto que les cuento sucedió ya hace un mes. Me he recuperado muchísimo; Tengo a la mejor enfermera: la mamá de Mi Niño, que ha estado zurciendo por aquí y por allá, agregándome retazos, con los que cubre los huecos que había dejado esa bala en mi cuerpo. Recicládome, como dice mi niño Juan Miguel.

Él ahora es un gran médico. Sus nuevos juguetes los comparte conmigo: un juego de doctor que tiene un termómetro con el que toma mi temperatura, unas medicinitas y alguna que otra ampolleta que el cirujano mayor, su papá, le ha recomendado para mí. Los tres me han cuidado mucho. Ya estoy casi bien, aunque todavía tengo un vendaje que Mi Niño me cambia a diario, curándome con el mejor cariño. En casa, desaparecieron todos los juguetes bélicos...

incluidos los del papá. Reina la paz más linda, que a cualquier casa, la transforma en Hogar.

Sé que Juan Miguel no jugará por siempre conmigo. Sé que crecerá, pero estoy tan contento porque ha dicho que cuando sea grande y desde ya, seguirá dedicándose a la ecología, reciclando y también cuidando muy bien las plantas que tenemos en el balcón. También quiere ser médico, porque aprendió lo bello de salvar vidas, como lo ha hecho con la mía, no sé finalmente, por cual profesión u oficio se decidirá... pero estoy muy seguro que será un buen hombre de paz y eso... ¡Ya lo cambia todo!

Todos en la comunidad, sacaron de sus casas, las armas de «verdaíta», los juguetes bélicos, los videojuegos, películas de guerra y demás objetos que incitan a la violencia. ¡Mi comunidad ahora vive practicando la PAZ y el buen entendimiento entre todos... ¿y yo?, soy el osito más feliz y mimado en la historia de los ositos, ¡qué bien!

Liliam J. Amiel D.

La lección de los carritos

HOY RECIBÍ UNA LECCIÓN DE MI HIJO, de esas que los niños suelen darnos de repente y que nos hacen pensar por horas. Mi hijo de cuatro años tiene varios días pidiéndome que lo deje llevar al preescolar un carrito nuevo que su abuelo le regaló, yo he insistido en que no puede hacerlo porque las pasadas experiencias han demostrado que olvida los juguetes y como consecuencia los pierde, lo que resulta en una semana de tristeza y arrepentimientos de su parte por haber perdido el juguete. En fin, estábamos en esa conversación y de pronto me plantea la posibilidad de que la maestra compre algunos carritos y los tenga en la escuela para que ellos jueguen, yo le explico de forma fácil y sencilla que la maestra quizás no tendría dinero disponible para eso, él pareció haber entendido pero se quedó un rato meditando en silencio. De pronto saltó del asiento trasero del carro y me dijo:

—Mami, yo tengo un dinero en mi alcancía para comprar algo, quiero comprar carritos y regalárselos a la maestra para que los tenga en la escuela y así puedo jugar carritos con mis amigos y no voy a perderlos.

En ese momento me quede sin palabras y luego le respondí:

—Es una muy buena idea hijo, quiero que sepas que si le regalas los carritos a la maestra serán de ella y no tuyos.

Y él me respondió con una gran sonrisa:

—Yo sé, mami, pero quiero darle los carritos porque ella no tiene dinero para comprarlos y yo sí tengo.

Con argumentos así quién podría negarse. Allí frente a mis ojos, mi pequeño de cuatro años estaba solucionando su problema de una forma muy inteligente y con una visión ganar-ganar que envidiarían muchos adultos que viven ahogados en sus pequeñas decisiones diarias. Mi hijo no se quedó llorando y quejándose, pensó cómo solucionar su problema y lo hizo.

Así que esa misma tarde fuimos a una tienda y lo dejamos escoger los carritos que quería (adaptados a su presupuesto claro está), eligió un paquete que contenía cuatro y fuimos a la caja donde como todo un chico grande sacó el dinero de su cartera y lo pagó. Al día siguiente amaneció muy contento y apenas al entrar a clase su rostro se iluminó y corrió hacia su maestra, con una gran sonrisa y le dijo:

—Maestra, estos carritos te los voy a regalar para que juguemos en la escuela—. Acto seguido le entregó los carros y le dio un gran beso, ella agradeció y ese mismo día al final de clases,

mi hijo y sus amiguitos estrenaron los carritos nuevos y él descubrió lo maravilloso que es dar y disfrutar con los amigos.

A veces los adultos olvidamos lo hermoso que es compartir lo nuestro con los demás y hacer que la vida alrededor sea mucho mejor cada día, todos debemos ser como niños en muchos aspectos de nuestra vida. Por algo dice la biblia que «hay que ser como los niños para ir al cielo» porque sólo ellos con su pureza e inocencia son capaces de pensar en soluciones sin egoísmo y sin los límites que muchas veces nos va mal enseñando la sociedad.

Yesenia Alejandra Álvarez Perdomo

La paz se cocina

HUBO UNA ÉPOCA donde nos habíamos acostumbrado a tener hambre, nos levantábamos en la mañana con hambre y nos íbamos a dormir con la misma hambre, a la vez se había extendido el recelo por las tierras y sus frutos. La región estaba dividida según lo poco que se llegaba a producir en ella, en la parte norte había pocas parcelas (por no decir casas) donde lo único que se cosechaba era el plátano. La gente de esa localidad adquirió una piel amarillenta y paliducha, casi hepática. ¿Cómo no iban a estar amarillentos y desnutridos? Lo único que comían era plátano: tostones, sancochado, o tajadas fritas. Al sur estaba otro sector importante donde se producían todo tipo de granos, sobre todo las caraotas, a pesar de ello nadie se ocupaba de intercambiar granos por plátanos o viceversa, veían sus energías perdidas en esta empresa donde no les resultaba un intercambio equitativo.

Las haciendas, que en otros tiempos habían criado buen ganado bovino, por descuidar sus crías fueron mermando hasta convertirse en escuetas haciendas, las vacas no parían ni daban leche, estas parecían tan infértiles como la misma tierra.

Donde hay hambre no se encuentran muy lejos la enfermedad, la pobreza y la delincuencia. La gente celaba lo poco que tenía, incluso llegaban al punto de celar las matas de mango en la plaza pública, tal es así que cierto día una joven caminante que procedía de otra región igualmente pobre donde también escaseaban los alimentos, al pasar por la plaza pública no pudo evitar fijarse en los sonrosados mangos que colgaban de los tupidos árboles. La muchacha hábilmente bajó a pedradas unos cuantos mangos ya maduros y los tomó, se disponía a cruzar la calle cuando fue abordada por un grupo de los más enfadados ciudadanos quienes veían como un delito el que alguien ajeno a la comunidad se llevara algo que no le había costado ningún trabajo. Alguien dentro de la muchedumbre comenzó a gritar «caigámosle a pedradas a ver si le gusta», seguido de esto un coro de voces comenzó a apoyar la consigna. Un par de niños sollozaban fuertemente, los pequeños pasaron por entre la gente hasta llegar a la falda de la muchacha, ella asustada no conseguía la calma suficiente para devolver los supuestos mangos robados.

La misma gente que segundos antes se sentía ofendida y agraviada por unos mangos, ahora en cambio se avergonzaba de sus actos al percatarse de que la muchacha tenía al cuidado dos niños pequeños que bien podían ser sus hijos o

hermanos menores (dos bocas que alimentar), esa era una situación bastante común en aquella época. La gente del pueblo quería demostrar que aun en tiempos duros había espacio para la generosidad, las mujeres llevaron algo para compartir con esta desafortunada familia. La muchacha y los niños estaban cargados con una olla de arroz, otra de caraotas, y en un plato había muchas tajadas de plátano frito. También les ofrecieron un plato de carne mechada a cada uno. Los tres quedaron tan satisfechos que no llegaron a probar los mangos, así que los dieron a sus protectores como regalo, este era un acto de suma generosidad para quienes nada poseían. El pueblo entero se contagió con un ánimo de convivencia y generosidad, de todas las casas salían ollas y platos humeantes, era la viva imagen de la multiplicación de los panes, no quedo una sola persona con hambre. Tajadas de plátano, arroz, caraotas y carne mechada, de esa forma se vio nacer el plato típico de la región mejor conocido como «Pabellón Criollo».

Patricia María Martínez Lugo

La última bala

*No quepo en su boca, me trata de tragar
pero se atora con un trébol de mi sien.
creo que está loca; le doy de masticar
una paloma y la enveneno de mi bien*

SILVIO RODRÍGUEZ, «Sueño con Serpientes»

EL CUERPO DEL PANDEAVENA había amaneció doblao sobre las escaleras. Normalmente alguien por lástima le fuera echao una cobija pero ninguno de nosotros se atrevía, sabíamos que la furia de su hermano se iba a desatar. El ojo por ojo mandaba en este lado del cerro.

La Negra Rosa vio cómo El Harry intercambió unas cuantas palabras con el ahora difunto. Parecían estar conversando y de repente le soltó el plomazo en medio del pecho. Una cosa rara, no fue una ráfaga de escarmiento, parecía más bien un disparo respetuoso, no un ajuste de cuentas. La Negra había visto la cosa escondía detrás del kiosquito, amparada por la poca luz del poste de la esquina. Después se fue de lengualarga. Si lo sabíamos nosotros y si estaban enterados los del callejón, ¿no lo iba a saber El Pescao? Pero todo seguía como si nada. El barrio estaba tranquilo a pesar de todo y lo que parecía paz era en realidad el temor que se sentía en la calle.

Si me lo cuentan no lo fuera creído, pero lo vi. Así de difícil era pensar que la situación podía cambiar. Claro, si ni siquiera nosotros los del Consejo Comunal nos poníamos de acuerdo y todo se volvía una rencilla. Frases que quemaban iban y venían y todos terminábamos peleaos. «Algunos se la tiran de revolucionarios nada más que por ponerse una franela roja». Otro decía: «Hay unos cuantos que andan como caimán en boca'e caño esperando que nos bajen los recursos». La otra respondía: «Camarada, usted no tiene moral para exigir nada porque usted es un irresponsable». Y explotaba aquel brollo que terminaba con un poco'e gente ofendía. Entonces, algunas mujeres luchadoras, expertas en criar hijos solas, se interponían pa que el asunto volviera al orden y hubiera un poquito de respeto. Si no podíamos nosotros, ¿cómo se iba a acabar la violencia en el barrio? Pero la cosa cambiaba cuando había rumba en la cancha o en la esquina empezaba a sonar la salsa, allí estábamos todos hermanaos, sobre todo si había curda, porque como dice el viejo mío, el borracho anda buscando excusa pa empiná, que si pa refrescase, que si pa celebrar o porque sencillamente hoy es viernes y aquí se bebe todos los viernes y punto. Bueno, también el sábado y el domingo.

Esa vez lo dijo el Pastor Antonio en la asamblea comunal. El problema estaba en

el propio ser humano porque si en la casa no hay valores estamos embromaos, que esta generación está pegada al televisor y los hijos se crían solos porque la madre tiene que dejar el hogar pa mantenerlos porque no hay hombres que honren la familia y que no es que los valores se hayan perdió, sino que están invertíos porque esta sociedad le dice bueno a lo malo y malo a lo bueno. Entonces empezó a decir que la droga y la caña eran la misma cosa, que después nos damos golpes de pecho cuando el muchacho se ha ido por el mal camino. Y más de uno se revolvía en la silla, arrugando la cara porque les estaba dando en la llaga. Y cuando la charla se estaba pareciendo a un sermón, salió por allá uno diciendo que él había bebío desde los doce años y nunca había roboa ni matao a nadie y que tampoco había probao la droga, que la cosa no era así. Después vino el llamado de atención del Vocero Principal, que aquí no se discutía de religión sino sobre el barrio, que el Pastor podía intervenir, pero que no estaba en su iglesia y que nosotros no le hacemos daño a nadie cuando nos tomamos una cervecita, que pa eso uno trabaja. El Pastor se defendió, dijo que la violencia era producto de la falta de amor, del resentimiento y el maltrato, pero nunca a causa de la pobreza, que los malos son pocos y los que queremos la paz somos muchos. Que la violencia viene por la

droga y a la droga se llega porque desde pequeños tenemos el mal ejemplo en nuestras casas. Después cayó un silencio en la asamblea, roto apenas por un par de toses y por el tamborileo del lápiz del Vocero Principal sobre la mesa. Entre las mujeres estaba La Capitana, que se puso en pie y como siempre, no pudo quedarse callada: «Yo siempre tengo a Dios en la boca y no le hago mal a nadie, allá ustedes que después de hacer tanto mal, se meten a evangélicos y se la tiran de santos como si no hubieran roto un plato». Los que estábamos allí sabíamos que el Pastor Antonio tenía un pasado violento y que estando en la cárcel había cambiado radicalmente cuando abrió su corazón a Jesucristo. El comentario cayó mal a algunos y el Pastor bajó la cabeza. Eligio, El Maracucho, le dio el puntillazo pa rematar: «Si nosotros estamos equivocados y vos sois el único que tenéis respuesta, entonces hacé algo por el barrio». El Pastor lanzó un suspiro y respondió: «Yo no tengo la solución, pero el Señor sí».

Ese día la asamblea llegó a unos cuantos acuerdos y todos constaron en acta, pero la única propuesta que no se registró como tal, ya se había puesto en marcha.

La culebra se mata por la cabeza y la cabeza de la violencia en el barrio era El Pescao con una cuenta extrañamente sin cobrar. Una bomba de tiempo.

Los hermanos del Templo me cuentan que el Pastor se la pasaba arrodillao y oraba por la paz del barrio y por la regeneración de El Pescao. Cosa que causaba risa porque era algo simplemente imposible.

Ese domingo nos habíamos bajao varias botellas y habíamos amaneció con la planta a todo volumen. La salsa sabotaba las alabanzas y el sermón en la pequeña iglesia. Como a la una de la tarde los hermanos salieron del Templo a evangelizar. Repartían folleticos, que algunas personas descartaban y arrojaban al piso, la brisa, que estaba fuerte, se los llevaba volando por todo el barrio. Corría el rumor que habían visto a El Harry deambular a plena luz después de haber estado tanto tiempo guardao y de nuevo era la Negra Rosa la encargada de asegurar que el tipo se jactaba de haber mandao al infierno al Pandeavena.

Me cuenta un pana, pana a su vez de otro pana malandro, que ese día El Pescao se había calzaao el yerro y le había dicho a Los Rayaos que le había puesto una sola bala, que si no se llevaba a El Harry ese mismo día, se volaría los sesos. ¿Una sola bala? Había que llenar de plomo a El Harry, pero El Pescao aseguró que una sola bala había liquidao a su hermano y con una sola bastaría para cobrar la deuda. El gordo Machuca cuenta que venía subiendo en el Jeep y se quedó

en la parada cuando vio la escena. El Pescao estaba bajando la escalera de la Vuelta del Tablazo y los hermanos del Templo venían subiendo la misma escalera con el Pastor al frente. Al pie de la escalera estaba El Harry y tenía también que estar calza. El Pescao debió pensarlo dos veces porque no reaccionó sino que comenzó a maldecir ante el obstáculo. Entonces vino el viento y arrastró un papelito hasta la cara del tipo, el papel quedó pegado entre los lentes oscuros y la gorra de El Pescao. Por momentos, el tipo manoteó pa despejar la visión porque un segundo a ciegas podía significar la muerte. Cuando logró quitarse el papelito, se dio de cuenta que era uno de los «tratados» que repartían los hermanos. Ahora sabemos lo que decía el papelito porque él mismo lo contó después, pero en ese momento todos veíamos la cosa como si fuera una película y no entendíamos nada. El Pastor lo enfrentó, le dijo que sabía a lo que iba, le rogó por amor a Cristo que no cobrara venganza. El Pescao echó una mirada al pie de la escalera, sacó el armamento y se lo puso al Pastor entre los ojos: «No te mato porque le puse una sola bala y la estoy necesitando pa otro muerto». Entonces vimos asombrados al Pastor hacer una cosa rara. Se empezó a aflojar la corbata y se la quitó, se desabotonó la camisa empapada'e sudor y la tiró al piso. Quedó con medio cuerpo moreno brillando al sol, pare-

cía que iba a pelear. Sabíamos que los hermanos estaban orando en silencio porque todo el barrio estaba haciendo lo mismo. El Pastor le enseñó una a una todas las cicatrices de su cuerpo, entradas de balas y puñaladas, un currículum escrito en el pellejo, lo sorprendió. El Pastor contó después lo que le había dicho: «Si yo salí de ese mundo, tú también puedes. Lo que te impulsa a vengar a tu hermano no es la rabia sino el dolor y el dolor se va con el perdón, pero para poder perdonar tienes que ser un valiente». Dicen que El Pescao empezó a temblar. Entre delincuentes hay ciertos códigos, por ejemplo en la cárcel se da un respeto muy grande por un creyente de verdad. Un hombre duro se quita el sombrero ante otro que ha mostrado un cambio de vida. El Pescao se llevó al arma a la sien y le dijo: «Mejor me vuelvo la cabeza». Estábamos asustados y seguíamos sin entender. Entonces vimos al Pastor desarmarlo con un movimiento lento pero seguro, le sacó el peine a la pistola con destreza y dejó caer la última bala, la bicha se fue rodando escaleras abajo. Para entonces, El Harry ya no estaba por allí.

Pasó el tiempo y El Pescao se transformó. Ahora parecía que se fuera lavado la cara, andaba limpiecito y descubrimos que se llamaba Ronald Aleixi Garrido, el Hermano Ronald, como ahora lo llaman los hermanos. ¿Qué pasó con El

Harry? Bueno, le echaron el guante en Guanare y está encanao desde entonces.

Hay gente en el barrio que todavía opina que después de un pasado así, nadie tiene moral para andar predicando santidad, pero yo me alegro por un cambio tan grande. Como dice el Pastor Antonio: «Hay gozo en los cielos cuando un pecador se arrepiente».

La cosa en el barrio se mejoró y *Los Rayaos* fueron desapareciendo. Ahora nos llevábamos mucho mejor entre nosotros. Somos más conscientes con el vecino. Cuando prendemos alguna rumba le bajamos el volumen a la planta para no sabotearles el culto a los hermanos. Yo mismo dejé el cigarro porque la tos me estaba matando.

¿Qué decía el papelito que cegó a El Pescao? Bueno, parece una casualidad pero en realidad fue un milagro. Aquel papel lo cegó por un momento pero ahí mismito también le abrió los ojos. El Pescao lo cuenta cada vez que echa su testimonio. Era una cita de la Biblia. Simplemente decía: «No seas vencido de lo malo, mas vence al mal con el bien».

Roberto Molinares Sánchez

Maestra, ¿por qué tengo el pelo malo?

LAS OLAS EN EL LITORAL DE LA GUAIRA a orillas del mar Caribe, que golpean con suavidad la tierra del Libertador Simón Bolívar, producen una cadencia de alegría a todo aquel que conoce el norte de Venezuela. Es un espacio de libertad donde hombres y mujeres se encuentran en cónsona armonía con los elementos que nos ofrece la naturaleza. Los caracoles encerrados en sus conchas son testigos silentes del paso del tiempo. Los cangrejos con su gracioso caminar hacia atrás parecieran luchar contra el avanzar de la Historia. Los alcatraces y pelícanos surcan el límpido azul de la esperanza y de vez en cuando lanzan un graznido chocante que rompe con la pantalla interactiva de sonido, movimiento, colores y olores del mar. En las playas los cocoteros se muestran pretenciosos y parecen bailar borrachos por el sol. El viento vuela cálido y constante por entre el espacio marino. Justo en esa estampa tan cósmica se encuentra la casa de Cipriana, que llamaré desde ahora Ciprianita por cariño. Ella es una niña negra. Tiene ocho años. Su piel brilla con la luz y refleja la pasión de los que habitan esta parte de la geografía venezolana. Tiene la alegría de una niña criada

en un lugar en donde confluye la arena, el mar, el sol, el calor, y la simpatía de un espacio abierto a las ilusiones infantiles. Para mí es una chiquita muy especial. Es un chocolate en medio de las costas del mar Caribe. Así mismo piensa todo aquel que la conoce. Yo la conocí en el año 2001 en el mes de mayo. Recuerdo que fui a un Velorio de la Cruz que se empató con la celebración del Día de la Madre. En el Caribe se celebra hasta un bautizo de muñecas. Los venezolanos somos muy alegres. Ciprianita vive en una casa linda llena de árboles o matas, como le decimos aquí, de todas las especies posibles.

Yo soy una maestra de Caracas que vino al litoral en comisión de servicio para dar unas clases de creación literaria a los niños de la Escuela Bolivariana Simón Rodríguez. Mi objetivo es acercar a los niños a la escritura creativa. Llegué un 2 de mayo. Nunca imaginé que conocer a Ciprianita hiciera que aprendiera el verdadero valor de la inocencia.

La primera vez que pisé Chichiriviche de la Costa, sentí debajo de mis pies la arena más cálida que hubiera sentido jamás. Allí, absorta en mis emociones, apareció de pronto un grupo de señoras gordas, dicharacheras, con el color de piel más hermoso que mis ojos vieran, parecían personas de cacao. Su tez negra daba un brillo aceitoso que contrastaba con la dentadura blanca

como una hoja de papel. Las mujeres hablaban como si cantaran una melodía de tambores en plena noche de San Juan. Yo no entendía absolutamente nada de lo que decían, sólo asentía y sonreía para no pasar por mal educada. Me dejé llevar por las mujeres. Caminamos por el pueblo y la gente que nunca me habían visto en su vida me sonreía. Los niños se acercaban gritando, me tocaban y corrían. Lo hacían una y otra vez. Era un juego para ellos. Supongo que es extraño ver a una persona que no pertenece a ese lugar caminar por su única calle. Allí, al final y entre un túnel vegetal, apareció la escuela: un edificio blanco de enormes ventanas azules. Quedé maravillada. A medida que me acercaba, me percaté que detrás de la escuela se veía el mar. Una tela enorme azulada con vetas blancas que se movía en un ir y venir que se juntaba con el cielo haciendo un solo manchón azul que chocó con mis dilatadas pupilas. Desde ese momento, me sentí conectada con el pueblo, con los niños que conocería y con mi recordada Ciprianita.

Una vez presentada a todas las autoridades de la escuela, me llevan al salón. Era un espacio amplio. Sendas aspas de ventiladores estaban pegadas al techo como tratando de ahuyentar el calor. Los niños y niñas me observaban fijamente. Al fin, quedo sola con mis alumnos. «Yo soy la maestra que he venido de Caracas

y espero que ustedes y yo nos llevemos bien durante el tiempo que permaneceré con ustedes», comienzo diciendo. Todos miran, sin decir nada. «Me gustaría conocerlos», dije. Los niños y niñas se miran con complicidad. No se atreven a decir nada. «Ya que no quieren hablar, yo les preguntaré el nombre a cada uno de ustedes, ¿les parece?», acoto. En ese único instante, se levanta de su silla una niña como de unos ocho años, con el color de piel típico de la zona. Una niña muy bella, con unas pupilas enormes y negrísimas. Su cara es dulce como el chocolate y su cabello ensortijado pegadito a la cabeza. Una vez incorporada dice: «Buenos días, maestra. Yo soy Cipriana, pero me dicen Ciprianita. Yo vivo cerca de la escuela y nací en mi casa porque a mi mamá no le dio tiempo de llegar al hospital. La gente dice que soy muy apurada desde que nací. Ella es Carlota, mi mejor amiga. Le dicen catira porque es blanquita, así como un gusanito de tierra», me sonrío ante tal ocurrencia. Carlota se levanta y me dice: «Hola». Cipriana continúa hablando. «Todos ellos son mis compañeros y no les gusta hablar con extraños porque nos dicen que es peligroso», dice la niña. «¿Y tú y tus compañeros creen que yo soy peligrosa?», les pregunto. Los niños y niñas cruzan miradas de picardía y ríen. Allí, establecimos la confianza entre todos. La mañana pasó demasiado rápido

para mi gusto. El timbre de salida nos dice que es hora de ir a almorzar, para luego regresar a las 2:00 pm. Yo me dirijo a la casa que me fue asignada. Enseguida pienso: «No tengo nada para almorzar». En la entrada de la casa se encuentran las mismas señoras gordas que me recibieron, pero esta vez, cada una con un plato lleno de comida. Una de ellas me dijo: «Esto es Cataco, es un pescado sabroso que siempre comemos por aquí», inmediatamente otra señora me enseña orgullosa su plato lleno de tostones. Esos deliciosos plátanos que quedan como unas galletas crujientes; y así cada una de ellas me mostraba con dignidad su plato. Yo quedé impactada por tanta amabilidad. «Bueno, aquí usted es nuestra maestra y estamos agradecidas de que venga a enseñarles cosas buenas a nuestros hijos». Así es. De vez en cuando a las maestras nos gusta escuchar que nuestro trabajo es importante. Las señoras me abrazan como si fuera su hija.

Con esa sensación de ser importante llegué a la escuela; los niños y niñas me esperaban con cierta inquietud porque ese día era muy importante, había que arreglar las cosas para la celebración del Velorio de Cruz de Mayo, recuerdo que una de las primeras niñas que se ofreció voluntariamente a ayudarme fue Cipriana. Allí empecé a notar lo creativa y servicial que es la niña. Ella misma

organizó al grupo: «Tú busca las tijeras», le dijo a uno de sus compañeros, «tú traes la pega blanca; tú, los papeles de colores que tenemos en la biblioteca y... usted maestra, ¿podría buscar la cruz de la oficina de la directora?» Sonreí y salí a buscarla.

El salón se convierte en un espacio entre lo divino y lo humano, la verdad es que los niños son la expresión más pura de lo que somos los seres humanos; esa mañana se nos fue entre risas, juegos y entonando canciones en homenaje a la Cruz de Mayo:

*Gracias a la Cruz bendita
que en lo alto del cielo está
gracias porque me ilumina
y me libra de maldad*

Ciprianita, la bella negrita, y su amiga «la catira» Carlota son las más entusiastas con eso de la fiesta. Una siempre al lado de la otra, animando a todos a cantar y pedirle a la Cruz por el bienestar común. Se escuchan los tambores que percuten entre los oídos de los presentes y hacen que nuestros pies y caderas se empiecen a mover como embrujados por tan rítmica melodía. Ciprianita y Carlota se acercan y me presenta a un hombre guapo de piel oscura

brillante. Es el papá de Ciprianita. El señor muy amable extiende su mano para tomar la mía. El contraste de colores de ambas manos hace que me sonroje. Las niñas se miran con una leve sonrisa de travesura. Carlota sale disparada a buscar una silla y la coloca a mi lado para que el hombre se siente. Yo, para disimular un poco la situación, le pregunto a Carlota: «¿Y tus padres? ¿No vienen a la fiesta?» Se hace un silencio. Siento que cometo una impertinencia, es cuando Manuel, así es el nombre del padre de Ciprianita, me contesta: «A la mamá de Carlota no le gustan estas fiestas». Las dos chicas se alejan a jugar al patio. Manuel continúa diciendo: «Ella dice que esas fiestas son típicas de la chusma». Por un momento, pienso que oí mal, sin embargo, él me ratifica: «Ella es blanca y no es de por aquí, dice que su hija no debería venir a estos desórdenes». ¡Qué extraño! Su esposo es negro. «La señora sólo vive en nuestro pueblo porque está casada con el alcalde», finaliza de decir; «¿Y su esposa?», le pregunto. Creo que soy imprudente al hacerle esa pregunta. El hombre se sonríe y deja ver unos dientes blancos que contrastan con su piel oscura. Algo se agita en mi estómago. «Mi esposa falleció el día que nació Ciprianita», responde. Me quedo pensando en lo buenmozo que es y concluyo que debe ser un buen hombre porque ha criado muy bien a su hija.

En la noche, mientras me preparo para dormir, recuerdo la tarde que había pasado con mis alumnos y con Manuel. Me asomo a la ventana que da hacia la orilla del mar. La luz de la luna permite que mis pupilas logren divisar cuerpos y objetos de todas las formas. Hubo un momento que quedo tan extasiada con lo hermoso de la imagen que no sé si me dormí. Lo cierto es que por unos instantes logro, creo, ver a tres personas que salían de las aguas del mar: dos hombres y una mujer, o por lo menos, fue lo que pensé. Las figuras se detienen, aún con los pies en el agua, viendo hacia el espacio. Los observo con mucho detenimiento, de pronto, el trío, al unísono, como en una coreografía, se voltean y clavan sus miradas hacia donde me encontraba. Me paralizó de inmediato. Las personas me señalan con sus dedos y de sus espaldas sale una luz azulada que se hace cada vez más intensa. Cuando reacciono, ya los seres han desaparecido tragadas por el mar.

En la mañana al entrar a la escuela, todos mis alumnos corren a mi encuentro. Noto que algo extraño sucede ese día. Los niños y niñas se atropellan para decirme algo que no logro entender. Por fin, Cipriana toma la iniciativa de acallar las voces de sus compañeros y me dice con voz que suena a adulto: «Maestra, Carlota está muy enferma». Carlota es la hija del alcalde

y amiga de Cipriana. Una niña de unos ocho años, del grupo de la escuela es la única niña con piel mestiza. Me dicen que su padre es nativo del lugar y su madre de origen portugués. En el pueblo le dicen «catira» por ser más blanca que el grupo. El resto de la clase transcurrió en silencio. Ciprianita no quiso salir a jugar al recreo, sólo dibuja círculos en las hojas de su cuaderno. De seguro, es algo malo lo que tiene Carlota.

Durante la semana después de la noticia de la enfermedad de Carlota, el ambiente en la escuela está enrarecido; a la niña se la llevaron a un hospital en Caracas especializado en cáncer. Los niños no están de ánimos, ni siquiera Ciprianita, que sólo ve a través de la ventana el inmenso mar, como esperando a su amiga. A mí se me ocurre trabajar con la angustia que sienten mis muchachos a través de la escritura. Los llamo: «¡Niños! ¡Niños! Pongan un poco de atención. Vean aquí a la pizarra». Todos voltean como perritos amaestrados. Prosigo con mi explicación y con mucha energía. «Carlota, va a pasar un tiempo en Caracas y por eso pensé que era bueno que todos nosotros le escribiéramos un hermoso cuento para su regreso». Los niños se empiezan a emocionar. «Vamos a escribir lo que sintamos por ella y lo guardamos para su regreso a Chichiriviche, ¿qué les parece?» El salón entero grita: «¡Sí!» Sólo Ciprianita se levanta

y dice: «Maestra, y ¿si no regresa?» Voy hacia la hermosa negrita y a la abrazo con todo mi amor y le susurró al oído: «Sí volverá».

El tiempo transcurre lentamente como el paso de un caracol que se arrastra por la arena dorada. Ya era el mes de Julio. Justo queda una semana para finalizar el año escolar y yo, regresar de nuevo a la capital. Mi corazón está apretadito y late muy aprisa porque hoy traen a la enfermita al pueblo. «Ya saben niños que hoy llega Carlota al pueblo y ella le pidió a sus padres que lo primero que quería, era venir a su escuela para saludarlos». Los niños se exaltan y comienzan a gritar con sonidos y movimientos ancestrales como de aquellos negros arrancados a la fuerza de su África nativa para venir a trabajar como esclavos de los europeos a América. Yo estoy emocionada. De pronto, Cipriana me hala de la falda y me observa con sus inmensos ojos negrísimos llenos de lágrimas y me dice. «Maestra, Carlota si volvió, como usted me lo prometió». Así es. Así es. Carlota vuelve.

Todos los días de clases, veo como Ciprianita distrae sus pensamientos y se aleja completamente del salón. Ella no encuentra ninguna explicación lógica. ¿Por qué su amiga Carlota vino tan diferente? Está más delgada y blanca y lo que más le extraña es por qué no tiene pelos en la cabeza, su cabellera era como una

cascada de sol y ahora no hay nada. Una media mañana, en pleno recreo, veo a la niña mirarse insistentemente al espejo, como si tratase de encontrar algo allí en su reflejo. Mientras tanto, la imagen del espejo no es el rostro de ella. Sólo se ve a Carlota como era antes con sus cabellos rubios y feliz, muy feliz.

Esa noche no pude dormir, me despertaba a cada instante, sentía un calor insoportable a pesar de que el ventilador no dejaba de echar aire. A mi mente vienen las imágenes de Carlota y de Cipriana. No sé si por un instante, en un abrir y cerrar de ojos cuando pasas de la conciencia al mundo de las desfiguración de la realidad. En el momento cuando entras a un mundo neblinoso cundido de lo posible. En ese segundo, veo a Carlota y a Cipriana conversando con aquellas tres personas que creí ver alguna vez a orillas del mar. Comienzo a caminar hacia ellas, pero una de las personas me prohíbe seguir avanzando. Siento que una luz pega sobre mi cara. Siento su calor. Tengo que abrir los ojos. Estoy en mi habitación. Era hora de irme a la escuela.

Cuando llego a mi salón, me doy cuenta de que Ciprianita no está. Uno de sus compañeros me dice que no venía hoy a clases. La mañana transcurre un poco más pesada, acaso no serán mis pensamientos que están más pesados aún. Cuando suena el timbre que da por finalizada

la jornada, me dirijo a casa de Cipriana. No es regular que una niña que adora su escuela se ausente una mañana. Al llegar, su papá me conduce directamente a su habitación. Hay mucha oscuridad y no logro ver bien a la chiquita. Le pregunto en voz baja: «¿Puedo encender la luz?» Ella asiente con un leve movimiento de afirmación. Al iluminarse el cuarto, ¿cuál es mi sorpresa? Ciprianita se ha cortado todo su cabello. Parecía un varoncito. Sus dos colitas habían desaparecido de su cabeza. Ella cabizbaja, se voltea, con una bolsita de papel, me la extiende. Allí está su cabello. La miro y ella me pregunta con un tono de asombro y melancólico: «Maestra, ¿por qué tengo el pelo malo?». La inocencia de su pregunta me perturba. «Mi niña, tú no tienes el pelo malo», le dije. «Pero la mamá de Carlota me dijo que mi pelo era malo». La negrita bella agarró unas tijeras en casa y se cortó todo su cabello para regalárselo a su amiga Carlota. Ella escuchó cuando su papá decía que ojalá a su hija le creciera otra vez el pelo. Pero la madre de Carlota rechazó el regalo, diciéndole que su hija era blanca y que jamás tendría un pelo malo como el suyo. Yo furiosa salgo a buscar a la mamá de Carlota a su casa y reclamarle por la ofensa que le hizo a Cipriana. En realidad, no llegué. En el camino reflexiono y me digo a mí misma que personas como esa señora sólo son

seres tristes y vacías, incapaces de aceptar lo que no se parece a ellas. Me doy cuenta de que tengo la bolsita de papel con el cabello de Ciprianita. Sonrío. Ya sé lo que haré.

El sol está encima del pueblo de la costa, el mar azul deja su agradable olor a salitre en todo el ambiente. Hoy es un día diferente. Haré que sea diferente. Al llegar a la escuela, les digo a mis queridos niños y niñas que ese día haríamos algo especial. Visitaríamos a Carlota. Todos se alegran, pero Ciprianita dice: «La mamá de Carlota no me quiere». Eso no es así. «A veces los adultos no sabemos lo que decimos y cometemos muchos errores», le digo al mismo tiempo que le extiendo la misma bolsa de papel donde ella guardó sus cabellos. Me mira con curiosidad. «Ábrela», le pido. Dentro hay una hermosa muñeca negra de trapo con el pelo de Ciprianita. La niña se emociona y me dice: «Soy yo». Sí, era ella. Pasé toda la noche haciéndola. «Y ahora tú se la vas regalar a Carlota». Agarramos nuestras cosas y nos fuimos a casa de Carlota.

De eso ha pasado diez años, recuerdo muy bien todo. Ciprianita, mi negrita bella, le regaló la muñeca a su amiga. Carlota la catira nunca la soltó ni siquiera el día que desapareció de la tierra y su espíritu quedó en las aguas de Chichiriviche.

Yo me quedé en el pueblo y ahora soy la mamá de Ciprianita. Me casé con su papá y vivo feliz a orillas de ese mar que veo cada mañana que me levanto. La niña, que ahora es una mujer, vive en Caracas y regresa cada vez que puede y ahora ella sabe que no tiene el pelo malo.

Bruno Mateo

Mi papá es mejor

En el parque de un preescolar un gran dilema se presentó: ¿qué papá es el mejor? María, Pedrito y Juan discutían con mucha pasión.

«Mi papá es el mejor porque él es jefe y manda a mucha gente», dijo Pedrito. María discutió: «Él no es mejor, eso es mentira», pero Pedrito insistió: «Mi papá es malandro y tiene pistola». María, más insistente, replicó: «No, porque mi tío es policía y...» «¡Eso no importa!», interrumpió Pedrito: «Mi papá los mata a todos y les pega un puño en la cara».

María estaba a punto de replicar cuando Pedrito levantó la voz: «Mi papá es más fuerte y tiene dos pistolas», dijo mientras mostraba unos deditos de sus manos.

María habló más alterada: «Los policías tienen más»; «No, ¡nooooo!», gritó Pedrito casi tapándole la boca a María: «Mi papá tiene cinco pistolas y te pega con la correa». María más desafiante: «Tu papá no tiene pistola, la policía sí tiene».

Mientras continuaban discutiendo, Juan —que tenía rato escuchando sin entender nada—, con unas palabras detuvo el tiempo: «Mi papá es heladero». Después de una breve pausa, María dijo: «A mí

me gustan los helados de chocolate». Enseguida, Pedrito —que no quería perder nunca—, discutió: «¡No!, el helado de fresa es mejor». Pero Juan, que ya había probado muchos sabores, dijo: «A mí me gustan todos los helados». «A mí también», dijo María levantando una mano. «Bueno, a mí también me gustan todos, de chocolate y fresa», dijo Pedrito dando su aprobación.

«Mi papa me trae helados de todos los sabores» dijo Juan, y Pedrito muy contento levantó las manos mientras hablaba «¡Yo quiero una montaña de helados!» Juan y María rieron, y todos se divertían hablando de los helados que el papá de Juan vendía.

Al día siguiente, Pedrito le preguntó a su papá algo que él no entendió: «Papá, ¿por qué no eres heladero?»

Anthony Castillo

Muchacho pa' consentido

*Corrige a tu hijo, y te dará descanso,
y dará alegría a tu alma*

PROVERBIOS 29:17

OLÍA A CHOCOLATE, ese aroma embriagador que le traía a la mente el recuerdo de Mercedes, su nona, una matrona andina que se encargó de su crianza y cuyas palabras sabias, hechas consejos, le dieron estabilidad a su psiquis, entonces perturbada por la ausencia de una madre que trabajaba de sol a sol.

Cristina caminaba por la calle 16 de La Romera, famosa por las ventas de tortas. Entre olores de piña, fresa, vainilla, guanábana; ella sólo se dejaba invadir por uno que la llevaba a su infancia, a esas tardes en el solar de la casa de sus primeros años.

—Huele rico, nonita —dijo Cristina, con los ojos cerrados por el placer.

—Agarre bien la taza, hija, y espere a que se enfríe un poco el chocolate para que no se queme —le aconsejó la nona, sentada en su eterno taburete, derruido por el tiempo y petrificado en la puerta de la cocina, que daba al solar amador de la sombra del árbol de mamón.

—Nonita, ¿le cuento algo? —Dijo Cristina mientras soplabla la taza, ansiosa por dar los primeros sorbos, y a la vez caminaba lentamente hacia el pie del árbol, para sentarse en una raíz sobresaliente—. Hace unos días a Enrique, el niño de la esquina, su mamá le regaló una tortuguita verde, pequeñita, como una moneda de a fuerte, pero ayer se le murió.

—¿Por qué? —Preguntó la nona.

—No sé —contestó la niña, y luego de una reflexión breve, que le agrió el rostro, prosiguió—. Creo que fue porque la aporreaba mucho. Yo vi como un día la agarró de la colita y le daba vueltas y el señor Pedro, el nono de él, estaba viéndolo y no le decía nada, lo que hacía era reírse. Yo me sentí muy mal por la tortuguita, y le dije a Enrique que no lo hiciera porque la iba a matar, y él ni me miró, lo seguía haciendo. Y el nono riéndose...

La nona miraba una gallina que picoteaba la tierra y movió su cabeza de un lado a otro en señal de negación.

—Muchacho malcriado—dijo.

La niña continuó:

—Y el otro día escupió a su primo Toto en la cara y la mamá tampoco le dijo nada.

Con voz pausada, la vieja Mercedes expresó casi una sentencia:

—Mmm... Si sigue así, cuando sea grande va a avergonzar a su mamá. Para que un hijo tenga sabiduría cuando sea adulto y le dé alegría y descanso a una, hay que corregirlo desde chiquito—y exclamó con chasquido—. ¡Ah muchacho pa' consentido! —Cristina, de vuelta a la calle de las tortas, compró una de chocolate con fresas, su favorita.

Al salir de la tienda, vio pasar un carro con una imagen de Santa Ana en el vidrio trasero, y recordó nuevamente a Enrique, quien desde hacía dos años pagaba condena en la cárcel, y se dijo:

—Salomónicas palabras las de mi nonita. ¡Muchacho pa' consentido! Se lo permitieron todo...

Lorena Lisseth Parada Medina

Mural

*A los ecoduendistas del muro y el pincel...
“Una noche viste su primer dibujo solo;
lo había hecho con tizas rojas y azules (...)
sentiste que ese dibujo valía
como un pedido o una interrogación,
una manera de llamarte”*
JULIO CORTÁZAR

EL GATO, COMO TODOS LOS DÍAS, se estiraba sobre el muro a las 6:53 pm, ustedes no lo sabían, pero los gatos siempre han sufrido de esa intención loca de juzgarlo todo...

Se reunían por las noches a tomar ron con leche en el rinconcito de la plaza Paya, allí gatitas iban y venían con pequeñas faldas; entonces iniciaban las discusiones, que si el enfoque plástico de la obra fue supeditado ante el mensaje, que si se puede ver entre las líneas cierto nerviosismo aberrante. ¿Tanta pintura en un barrio? Es un hecho peligroso para el peligro.

—Quizás es un novato el responsable de este hecho, ¿no crees, Michú?

—No creo —lo dice frotándose los bigotes con parsimonia diabólica.

La discusión de los gatos continuó hasta las primeras puñaladas, mientras tanto el sol se asomaba entre las ventanas y todos miraban en la ciudad la gigante mano que tomaba delicadamente el girasol mientras sus raíces chorreaban pueblo, un eclipse tras el pétalo retumbaba en azul, pero ¿qué quieren decir? ¿Por qué el girasol es rojo? ¿Acaso los caballos que salen del cañón no son un rostro de paz? La gente miraba y se dibujaba en ellos un canto entre las esquinas, un canto que rompía con las detonaciones y las tristes noticias de la noche borracha. Pero algo oscuro resistía, porque las huellas de un rasguño no se borran tan fácilmente, son como un niño que llora en la noche por el monstruo escondido en el clóset; un trauma.

En el otro lado de la calle los gatos siguen leyendo el periódico mientras denuncian entre dientes la intención del gallo cantor bajo el brazo delicado, la gente pasa en el transporte público queriendo tomar la flor. La mañana se esconde tras el muro; la mañana aparece frente al muro, el muro es un lienzo de obreros que en su blanca estación invita al vuelo.

—Diego, ¿lo viste?

—Lo veo Johana, lo veo... del cañón surge un caballo.

—No, Diego, no. La sonrisa.

En el rinconcito de Paya revientan botellas, han aparecido dos flores más en la ciudad, dos muros que no callan su canto sin balas; en la firma reza un Eco solemne que grita como las campanas del mar, grita con amor y nada más. Michú fuma un habano en el fondo del bar.

No fue el mismo pintor, todos los gatos saben que no fue el mismo pintor, la línea era mucho más delgada, el corazón del eclipse era un espiral que todo lo tocaba, y curvas se unían entre los colores con las gigantes manos de mujer, porque ahora eran dos manos las que tomaban la flor, ¿qué quiere decir el girasol rojo?

Así pasaron las semanas, como un cuentagotas que no para, y con cada alba una flor nueva entre los muros. La prensa no tuvo más remedio que escribir sobre el hecho y los titulares decían EL ECO DE LAS FLORES, PINCELES: MANOS ENTRE MUROS, PINTANDO GIRASOLES, y la gente empezó a preguntarse quiénes pintaban. Querían darles fama, regalarles títulos, elogiarlos sin medida en reuniones sociales, darles guardaespaldas, comprarles cuadros, etc... era la única forma de matarlos. Al pasar tres meses, todos en la ciudad querían una pintura, una pequeña flor en un lienzo, cualquier cosa, ofrecían millones por una firma personal, por destilar un girasol sobre el sofá de su sala azul turquesa.

Sin embargo, por más dinero, por más amenazas de muerte que se escurrieron entre los maullidos, nadie dijo su nombre real, y sólo nos hacían falta capuchas para el rostro, pero no huir de policías o militares, en este país la libertad se tejía poco a poco entre los Redelmun's, entre pequeños duendes que hacían un mundo amado, existía una paz callada, y no había que temer por llevar en el bolso pinceles o poemas, simplemente ellos no decían sus nombres, eran ecos que retumbaban sin precio entre los puentes y las calles. Ecos nada más, porque al venderse se convertirían en balas y los gatos en su sofá de cuero modelarían fusiles frente a los ojos del mundo. Ellos no querían la venta, sabían desde el principio que las monedas de oro eran pagadas con sangre, ellos querían la flor, ni una cosa más.

Daucafran fue el primero en ser descubierto pintando un girasol sin capucha, desde entonces no habla con nadie, no dice su cédula a nadie, no pinta más que en las madrugadas en suburbios que ni vagos visitan tras los ocasos, es que ellos habían decidido hace un tiempo no delatar la hermosura. «Porque todavía hay algunas cosas que resisten en este mundo y por ahora pintar sin nombres es hacer una trinchera de poesía para el porvenir», así dijo Daucafran esa tarde en que un gato lo tomó por el cuello con un revólver en la mano.

«Al anochecer volviste a verlo como tanta gente lo había visto a lo largo del día»

J. C.

Los gatos nos fueron descubriendo uno a uno, nos lamían en el brazo con sus pequeñas lenguas de pólvora para decirnos locos, como un cruel juego de niños. Pero al cabo de un año, un miércoles por la mañana, al mirar desde las montañas de El Roble, sobre las líneas veloces de la Ribereña, se observó entre la claridad, en toda la ciudad, un gran mural, un jardín de manos y flores que se decían al oído, de girasol en girasol: «Redelmun's, amar en universo reino para la historia», y la sonrisa extendió sus brazos al sol.

David Arturo Gómez

Pares y nones

Para Carlos J. Escoribuela

¡CARAMBA!, sólo quedan tres caramelos y somos dos; mi primo Carlos y yo. ¡Qué problema tan grande con eso de la justicia y la igualdad! Me provoca decir que en la bolsita que me dio la abuela, sólo había dos caramelos y así darle uno a mi primo Carlos y se acabó, total, él no sabe cuántos caramelos trae la bolsita.

Pero lo pienso y lo repienso y en vez de sentir en la boca el dulzor de los caramelos, siento algo amargo. ¿Será eso la culpa? ¿Será que la culpa y la tramposería tienen sabor? ¿O será que la conciencia sucia se derrite y pasa ese sabor maluco hasta la boca? A veces mi abuela dice «¡Pobre de aquellos que viven en la amargura!» ¿Será eso...? Y para completar los tres caramelos son diferentes en todo, de tamaño, de sabor, hasta de forma, si no, ya hubiera hecho un trato con mi primo Carlos y él lo aceptaría, porque él sueña con ser un hombre de negocios cuando sea grande y un trato es un negocio.

¿Qué haré, qué haré...? Ya son las once de la mañana. Qué rápido pasa el tiempo cuando uno tiene problemas y debe pensar, porque tengo que

apurarme, no vaya a decir la abuela que guardemos los caramelos para después del almuerzo.

Qué complicado eso de la justicia y la repartición para todos por igual, ¿será que eso se puede? Yo una vez escuche al musiu de la bodega cuando dijo: «El que parte y reparte, le toca la mejor parte». ¿Pero será que eso se le puede hacer a la familia? ¿Y a los amigos?, porque mi primo Carlos es mi muy, mejor, mejooooor amigo y además es mi primo favorito. Bueno ya veré cómo soluciono este problema porque allá viene mi primo Carlos todo apuradito y feliz, seguro que ya mi abuela le contó que íbamos a comer caramelos. ¿Será que le digo que son tres caramelos y los sorteamos con pares y nones? Mi hermano me enseñó a jugar pares y nones, él lo hace cuando quiere ganar y ser el primero en los juegos de metras .Y es fácil, yo le expliqué a mi primo Carlos así: «Vamos a sortear los caramelos con una apuesta, se hace con dos personas, una dice que es pares y otra nones, entonces nos paramos frente a frente y escondemos la mano derecha atrás en la espalda y contamos rapidito:; uno, dos, tres, ya...! Sacamos la mano mostrando algunos dedos, se suman y si resulta número par gana pares y si es número impar gana nones».

Él lo pensó, aceptó y dijo que era pares entonces yo era nones, qué suerte porque eso es impar y el uno, el cinco y el siete son los núme-

ros de la suerte y son impares. ¡Bueno allí vamos, uno, dos, tres, ya!

Mi primo Carlos sacó dos dedos y yo saque dos dedos también, dos más dos son cuatro y cuatro es par, porque la maestra dijo que los números pares tienen mitad. ¡Qué broma, yo perdí! Qué se va a hacer. Le di dos caramelos a mi primo Carlos y me quede con uno y cuando él se dio cuenta que yo sólo tenía un caramelo, partió uno de los suyos, me lo regaló y dijo: «Uno y una mitad para ti y uno y una mitad para mí». Me alegré mucho, mi primo Carlos no tiene problemas con eso de la igualdad y la justicia, yo creo que cuando él sea más grande va a ser un buen hombre de negocios de verdad, verdad. Por eso yo lo quiero mucho, él es mi muy, mejor, mejooooor amigo y además es mi primo favorito.

Aracelis Reyes Herrera

Un sueño, una patria

Y COMO ERA YA UNA COSTUMBRE, todos se peleaban para lograr sentarse en los primeros pupitres, como para no perderse una sola palabra del cuento. Por supuesto que este cuento, no era cualquier cuento, era una historia hecha cuento, era la historia de la América aborígen.

—Presten mucha atención —les dije—. En la primera América, la aborígen, sucedió así:

«No siempre se ha llamado América. En este hermoso terruño, al principio; no había cercas ni muros, no había límites, no había líneas imaginarias. El sol con sus rayos marcaba los territorios: allá, donde termina el rayo solar, allá terminaba nuestra tierra.

»La América aborígen era la tierra de todos, nuestra madre, la América de los incas, de los aztecas, de los piel roja, de los caracas, de los caribes, de Guaicaipuro, de los timoto-cuica, de los tacarigua, de yaracuy, piaroas, pemones, arawuacos, guajiros. Cada pueblo aborígen con su espacio de vida y siempre respetando al otro.

»¡Ah!, y ustedes se preguntarán: ¿eran bastantes, nuestros ancestros? ¡Sí, eran muchos...! Eran tantos, que fueron capaces de poblar todo este vasto territorio, también fueron capaces de

especializarse en sembrar, cazar, recolectar, pescar y construir. Sí, como lo oyen: construyeron acueductos, embarcaciones, pirámides y construyeron sueños, esperanzas y construyeron vida.

»Sabían mucho, tejían su propia ropa y hamacas, usaban el fuego, cocinaban ricos alimentos. Jugaban y bailaban, hacían sus propios instrumentos de música.

»En el día, de esa América aborígena, el sol con sus rayos señalaba el horizonte y en la noche se veía la Luna, esposa del Sol, blanquita como la espuma del río, la acompañaban los luceros y estrellas y ese inmenso cielo azul se transformaba en un imaginario sueño de luces que brillaban sobre una interminable cortina oscura.

»Recuerdo que no existía la mezquindad, no había exclusión, todos participaban en las labores diarias, brillaba la solidaridad y el compartir.

»Entre árboles gigantes, grandes sabanas, majestuosos ríos, altas montañas e inmensas playas, transcurría la vida de nuestros aborígenes, nuestros abuelos, nuestros ancestros. Hablaban su lengua, su idioma y escribían sobre piedras achatadas, creando figuras representativas de dioses y animales y por supuesto, nunca podía faltar el Sol, que para muchos de ellos, era el mismísimo Dios.

»Todos llevamos la sangre de ellos. De ellos heredamos mitos, leyendas, bailes, medicinas, comidas, vestidos, herramientas... y muchas otras cosas. Toda una cultura que nos hace ser más humanos.

»Pero un día el sueño de nuestros aborígenes fue interrumpido.

»Ya la chicharra no se oía, los renacuajos dejaron de cantar en el viejo remanso del río, la lechuza volteaba los ojos con mucha curiosidad, las luciérnagas no alumbraban. Sólo el ruido emitido por los pasos de muchas personas, que a medida que pasaba el tiempo se oía cada vez más cerca. Venían hambrientos, con sed, con grandes arcabuces... eran muchos... otros más atrás con sotanas y cruces de madera guindadas en el cuello. Se hacían llamar los españoles y venían de parte del imperio.

»Nos escondimos.

»Corrimos, y corrimos.

»Nos cansamos de tanto correr.

»Y nos enfrentamos al enemigo.

»Trataron de humillarnos, pero no pudieron.

»Nos saquearon, pero no pudieron llevarse la piedra preciosa: ¡nuestro sueño!

»Y así nos tuvieron por mucho tiempo. Muchos años. Trescientos años.

»Y tuvieron hijos con nuestras esposas, con nuestras mujeres y aprendimos otras lenguas... De otras tierras traían hombres esclavos para el trabajo, con los africanos también tuvieron hijos y siempre el fruto del trabajo era para ellos... se lo llevaban todo... pero no ¡nuestro sueño!

»Nos hablaban del diablo y nos enseñaban la cruz... Así aprendimos a la fuerza lo que no queríamos aprender. Pero seguíamos soñando con nuestra tierra libre y de nosotros.

»Y de repente gritó una voz. Era la voz del negro Chirinos. Que con el sudor en su frente invitaba al pueblo a la independencia.

»Así transcurrió. Así fue...

»Ya teníamos nombre, provincias, capitanes y capitanías, reyes y coronas, esclavos y mulatos, criollos y pardos, alcaldía y compañía, pólvora y municiones y por supuesto a la tierra se le puso otro nombre, la llamaban América, la llamaban Venezuela.

»Pero de sus entrañas esta tierra parió hombres y mujeres, nunca dejó de parir y nunca dejó el sueño. Y de repente alguien gritó en la calle, muy cerca de la plaza, era un joven, muy joven, que apenas salía de la adolescencia, jineteaba a pelo

ese caballo moro y el grito se escuchó a muchas cuadras de la Gran Caracas. Todavía se escucha el eco “¡Patria libre, independiente y soberana!”

»No ha muerto el sueño... ¡Bolívar vive en cada uno de nosotros!

»Así es nuestra tierra, con templanza, con hidalguía, con valentía, forjada con sangre de guerreros que siempre anhelaban una patria donde la paz reinará.

Y de pronto un niño hizo la pregunta:

—¿Maestro y entonces no tenemos paz?

—La paz se forja, la paz se construye; la paz es la máxima felicidad de todo ser humano y se resume cuando no haya más pobreza, cuando haya más conciencia, cuando todos los habitantes del planeta Tierra nos comportemos como una especie más de la naturaleza.

Miguel Ángel Mellado

Una última palabra

Pasé nuevamente por este sitio, por este patio pintado de rojo en tiempo pasado, mudo y ruidoso a la vez, me condenaron a estar callado. Pasé cabizbajo con un cigarro en los labios, exhalando el humo de la tranquilidad frustrada que ya se me haría costumbre, atemporalmente hablando, claro, pues desde ese momento, adonde fui y donde vengo no tiene más memorias que las del pasado, y no hay ni tiempo ni arrepentimiento.

—¡Cállese! Y aquí está su comida, aunque no sé por qué me siguen dando órdenes de alimentarte, pedazo de porquería —dijo este personaje uniformado de camuflaje con una particular ligera joroba por el peso de un rifle de asalto que portaba en la espalda.

—Yo sólo quería decir que me duele mucho... No creo que pueda seguir caminando mucho tiempo más al ritmo que llevamos... —dije cansado, y adolorido.

—¡Hubieses pensado eso antes de ser tan creído! —Me gritaba mientras notaba la cólera creciente en sus ojos, esa cólera desentendida del típico «lavado de cerebro».

—Necesito un doctor, de verdad que necesito un doctor... Por Dios, ¿para qué me necesitan

tanto que simplemente no me matan y ya, o me dejan ir?

—¡Eso no es tu problema te dije! ¡Si fuese por mí, te hubiese enterrado esta vaina en la cara a plomo parejo y así dejaría de escuchar tus altanerías de don sabio y esas estupideces! — Exclamaba el soldado, encolerizado mientras me apuntaba en la frente con el rifle.

—Chamo, ¿no le podemos dar plomo a este carajo y ya? La otra vez fue lo mismo, yo no sé por qué perdemos nuestro tiempo si igualito lo vamos a terminar enterrando —decía frustrado otro soldado que nos hacía compañía.

—Ay, dejen sus estupideces todos ustedes, que el patrón no nos quiere para eso y lo saben, sólo tenemos que seguir caminando mientras recibo otras órdenes, y lo que dice el patrón es ley, así que dejen la quejadera ustedes dos. Y tú —me dice este personaje de entre las sombras del bosque, con una determinante autoridad—, tú deja de llorar, que bastante actuabas como hombre buscando hablar tanto con tanta gente, además, cuando nos llamen te vamos a curar esos dolores, no te preocupes, después ya no sentirás nada —susurraba burlista mientras sonreía.

Caminamos y caminamos por horas, por días, por semanas... Caminamos y caminamos mucho rato, entre ramas y arbustos, entre quejas

y amenazas, y esa frustración que me abordaba de no saber qué pasaría conmigo. Hubo momentos en los que literalmente me sentía muerto, sólo que por alguna extraña razón estaba condenado a seguir observando todo a mi rededor, incluyendo a mis carceleros y su rabia incontenible.

Sonó el radio con un mensaje que apenas si se escuchaba entre el ruido blanco de la mala sintonía de la distancia: «Ya todo está listo, procedan al punto de reunión, el patrón quiere verlo hoy mismo, y vivo...»

—Entendido, díganle que estamos de camino— responde determinante el soldado a cargo, mientras girando su mirada a la mía, me dice desafiante— ya vas a poder verlo, para que él mismo haga los honores.

Al pasar varios días de camino, llegamos a un establecimiento, una hacienda con mucha vigilancia en la entrada, a pesar de que la existencia de dicho lugar fuese prácticamente desconocida. Recuerdo haber sido llevado a una sala pequeña, como una cabaña, en la esquina de un gran patio de cemento. Entramos, y tirándome a una silla que estaba frente a una mesa, me exclama burlista uno de los soldados:

—¡Te quedas ahí, y te callas la boca!

Al rato de esperar sentado en esta cabaña, llega un personaje bien vestido, de traje, con

una pulcritud impecable, y una expresión recia de enojo ansioso. A lo que justamente de su llegada, se posa frente a mí del otro lado de la mesa y apretándome el cuello con intenciones de ahorcarme, me levanta, y con un tono desafiante me susurra:

—Por fin te veo, desgraciado... —luego me tira al piso con una fuerza incontenible.

Me levanto y tranquilamente recuerdo haberle respondido:

—Ya no puedes hacer nada y lo sabes, ya dije lo que tenía que decir a las personas con las que tenía que hablar, y si me voy a morir por decir la verdad y por hacer justicia, pues desgraciada la vida que me condenó a morir, pero bendita la muerte, que de una u otra manera sellará mi justicia.

—Qué palabras tan sabias, pero permíteme minimizar tu ridículo optimismo, ¿de verdad creías que no me enteraría que hablarías? Siempre supe que eras muy inteligente, y que no podrías soportar una verdad callada, que no podrías mantenerte a raya y por eso seguimos al fiscal después de la reunión contigo y ¿sabes que pasó después? Es más, no te lo diré, te lo mostraré —me decía con una expresión de satisfacción—. Llévelo al paredón, quiero que conozca a dónde van los desgraciados que piensan que pueden joderme.

—¿Sí sabes que no te saldrás con la tuya, verdad, desgraciado? ¡Hagas lo que haga, así lo que haya dicho haya sido en vano, siempre va a salir la verdad de una u otra manera, y vas a pagar lo que has hecho! —Gritaba mientras, siendo arrastrado, veía cada vez más lejos cerrarse la puerta de la cabaña donde me tenían, y al mismo tiempo viendo desaparecer a mi verdugo, ese hombre vestido de elegancia, mientras se preparaba un trago de whisky mirándome, cada vez más lejos, a los ojos.

Recuerdo que me tiraron al filo de una pared larga, y apuntándome al tiempo que se alejaba, me gritaba uno de los soldados:

—¡Párate ahí pues! ¡Sé hombre y párate!

—¡Sí, me voy a levantar! Y ¿sabes por qué? ¡Para ser el único hombre! Porque usted no es ningún hombre si va a disparar, ¡si va a jalar de ese gatillo es un animal y lo sabe, soldado! — Exclamaba mientras me levantaba lentamente, decidido a morir con mi consciencia intacta.

—¡Pues qué valiente el hombre! ¡Que se levanta a morir para defender su hombría! ¡Lástima que morirá callado y que sólo volverías a ver a tu cómplice del otro lado! ¡Prepárese para morir, civil! —Me gritaba el soldado a punto de disparar.

—¿Y qué pasó con eso de las últimas palabras? ¿No tengo derecho a replicar una última palabra antes de ser castigado con la muerte por otro hombre? —Exclamaba desafiante, a pesar de saber los pocos segundos que me quedaban en esta vida.

—Déjeme el honor, soldado —dijo el personaje bien vestido, con un tono elevado, que sin ser grito se escuchó en todo el rededor del patio, mientras sacaba una pistola automática del revés de su pantalón de vestir, para posteriormente cargarla para disparar—. ¿Palabras? ¿Cuáles palabras? Los muertos no hablan —me dijo rápidamente, y bastante ansioso el elegante personaje, mientras apuntando, disparó fulminante, de manera tal que una sola bala bastara.

El estruendoso ruido del resonar del proyectil, espantando a los pájaros cercanos, fue seco, rápido, como una verdad que lleva años en buscarse, pero tan sólo segundos en morir bajo la oscura sombra de un injusto callar. Después de todo, los muertos como yo nos mantenemos a raya como ellos dicen, abrazados con la verdad y la justicia, bajo el manto artificial de una realidad silenciada.

Lastimosamente para ellos, el fiscal no era la única persona que, como yo, conocía la verdad, pues no me bastaría el saber que sólo pude

revelarlo ante una sola persona; y por lo que me di cuenta, lastimosamente para mí, pero a la vez para morir con una sonrisa de satisfacción, era que afortunadamente, yo era la única persona en ese paredón... Y los que sabíamos lo que pasaba, y los que teníamos la verdad entre nosotros, no éramos nada más el fiscal y yo; y a juzgar por las semanas que habían pasado hasta entonces, ya tantas personas lo sabrían, que no cabrían en ese paredón.

Alexis Gómez Arispe

Índice

Al cuidado del demonio	11
Avalancha	
El final del arcoíris	
El Guardián de los Niños	
El Parir de la Esperanza	
El puente	
Equilibrio (en el Día del Padre)	
Fin de mundo en nuestra calle en una tarde de sol	
Juan Pistolas era un sueño	
La historia del oso, Ozono	
La lección de los carritos	
La paz se cocina	
La última bala	
Maestra, ¿por qué tengo el pelo malo?	
Mi papá es mejor	
Muchacho pa' consentido	
Mural	
Pares y nones	
Un sueño, una patria	
Una última palabra	102

